



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Aubon (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Irujo, Ardanaz, Ariza Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borja, Borrego, Bueno, Bremen, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campomanor, Camus, Canalejas, Cabelo, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Callamaque, Dacarrete, Diaz José María, Durán, Dugué de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echeagaray, Equilaz, Eacoarza, Estrella, Eulate, Fábri, Ferrer del Río, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figuerola, Figueroa (Angusto Suarez de), García Gutierrez, Gayangos, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Gujjarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molin, (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgá, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Palacio, Passaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poyer, Reinos, Rutes, Revilla, Rios y Rosas, Riveras Riecro, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarmínaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmieron, Sanroma, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sellos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Enero de 1882.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por esta medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moya.—Naturalismo en el arte, por don E. Gomez Ortiz.—Montañes, por D. Eusebio Asquerino.—Ciencia y arte, por D. Antonio Arruti.—Instituciones de crédito, por D. Manuel Pedregal.—Floriano Madero, un escritor sui generis, por D. P. de Navarrete.—D. Ramon de Campoamor, por D. José J. de Herrero.—El final de un proceso, por D. Juan José Molina.—Acercas de los neologismos, por D. Antonio Martinez Dulmovich.—La Huerta del Tío Martín, por D. Julian Zugasti.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Hay un almanaque de pared colgado cerca de la mesa en que escribo; he arrancado tres hojas de él porque queria engañarme diciendo que estábamos á 25, y he visto que detrás de esas hojas habia escritos sonetos, epigramas, acertijos y efemérides notables. En esto de la poesía y de las charadas puestas al servicio de los almanaques creo yo que hay encubierta, bajo la apariencia del lucro mercantil, una razon de filosofía consoladora, digna de ser muy estimada. Sin duda se pretende que, distraidos con el ritmo de los cantares ó interesados en descubrir lo que significan la primera y la segunda de quien escribió la charada, nos olvidemos de que cada hoja que se arranca del almanaque es una parte que arrancamos de nuestra propia vida.

Buscaba un santo ruidoso ó una efeméride digna de ser escrita en bronce, y no los he encontrado. El almanaque me dijo que ayer 27 era San Juan Crisóstomo. Un santo modesto que, rechazando los halagos de una madre cariñosa, abandonó el mundo y las riquezas por el sacerdocio; ¡un santo para quien no tendrían interés las crisis ministeriales, ni encanto los trinos de la Patti, ni poesía unos ojos negros!

Don Luis de Vargas le recordaba para resistir el amor de Pepita Jimenez. Comparando su carácter con el del virtuosísimo santo, el seminarista que tan magistralmente ha retratado Valera, pensaba que el matrimonio era una caída.

Pero se casó.

Dá tristeza salir al campo y verle sin las flores que en la primavera le dan color y aroma. Pero bien sé que no á todos impresiona de igual modo la triste soledad de los campos. Hay quien solo gusta de la caza en el plato aunque Fernanflore tenga esta opinion por escandalosa y herética; y hay quien aun á riesgo de ser sacrificado en obsequio de la galantería, solo quiere ver las flores

formando ramilletes en el caprichoso canastillo de una florera guapa.

Las floreras esperan ahora un suceso extraordinario; la venida de las violetas. Flor de más delicado aroma ni más querida que ella no venden nunca. Ni el clavel, sultan de los jardines, derrochando color, ni el blanco nardo, ni los geránios ni los jacintos tienen tantos adoradores. La violeta es una flor humilde, fragante, delicada, purísima. Nace oculta entre el verdoso musgo, se anuncia por su embriagador aroma, la arrancan de la tierra en que vivía contenta, regala en breve tiempo todo su perfume, y muere resignada cuando ya le ha perdido.

Ahora se venden violetas fragantes, pero sin aroma... mujeres hermosas sin amor... violetas falsificadas.

..

La situación de la política francesa disfruta del privilegio de llamar más poderosamente que otro suceso alguno la atención de Europa. La derrota de Gambetta ha sido, es y será durante muchos dias el objeto de todas las conversaciones.

Conocido es el sentido constituyente con que ha nacido la Cámara de diputados actual. Desde el presidente del Consejo de Ministros Mr. Ferry, hasta el diputado más intransigente de la extrema izquierda, apenas hubo un candidato republicano que no se presentara á sus electores con un programa más ó menos acentuado de revision constitucional. Un voto posterior y reciente del sufragio restringido, ha demostrado igual tendencia al renovar la tercera parte de los senadores electivos. La revision, pues, era una necesidad impuesta por el país.

Gambetta ha señalado los artículos que deben reformarse, y además presenta á la Cámara los futuros artículos ya redactados. La oposicion manifestada en las secciones ha dicho que ni renuncia á indicar como reformables otros artículos no señalados en los proyectos de Mr. Gambetta, ni acepta el criterio de que la Asamblea, una vez reunida, deba limitar sus reformas á lo aprobado previamente por cada una de las Cámaras. Esto en los primeros momentos. A las dos horas de haber sido elegida la comision de la Cámara francesa, con espíritu hostil al ministerio Gambetta ya anunciaba el telégrafo un cambio notable en las opiniones de la comision. La intransigencia del primer momento ha quedado reducida á que la comision acepte en sustancia el proyecto de Mr. Gambetta sin otra variante que suprimir la frase que se refiere al escrutinio de lista.

Querian las oposiciones reaccionarias y radi-

cales que no se pusiera cortapisa alguna á la futura Asamblea para revisar la Constitucion: á su entender lo que la Cámara y el Senado debian votar previa y separadamente era si habia ó no lugar á revisar la Constitucion, sin indicar en caso afirmativo el artículo ó artículos, objeto de la reforma; pues eso, á su juicio, envolvía una limitacion de las atribuciones de la Asamblea. Como ha dicho con razon Gambetta, la Asamblea no puede deliberar sino sobre aquellos puntos para que taxativamente ha sido convocada, y estos los fijan separadamente cada una de las Cámaras. Por aquí la derrota del Gobierno es una verdadera victoria impuesta por el sentido legal. Pero si en lo expuesto resulta triunfante el proyecto del Gobierno, no sucede lo mismo en lo que se refiere á los términos en que han de ser modificados los artículos objeto de la reforma.

Gambetta ha dicho: los artículos tales y cuales quedarán reformados en los términos que yo propongo.

La comision de los treinta y tres dice en su dictámen: los artículos tales y cuales serán reformados en los términos que la Asamblea crea más conveniente.

Se convino, pues, en la derogacion de los artículos, que es lo esencial, para que las dos Cámaras puedan reunirse en Asamblea: se discrepa en si deben ó no ir á la Asamblea formulados los nuevos artículos, y como sobre esto último, sólo la Asamblea resuelve definitiva é inapelablemente, resulta que no puede haber derrota para el Gabinete hasta que la Asamblea decida. ¿Qué influencia ha tenido M. Grevy en este obstáculo puesto en el camino del ministerio Gambetta? No lo sabemos. Se sabe, sí, que La República Francesa ha dicho: «Para una política de apatía y de parodia, M. Grevy no podrá contar nunca con M. Gambetta. Este no consentirá jamás en ser el jefe de un Ministerio de vaguedades. Se preocupa ante todo de preservar su dignidad y de cumplir fielmente las promesas que ha dado al país.»

Despues de escritas estas líneas el telégrafo nos dice que Gambetta ha sido derrotado en la Asamblea: 282 votos contra 227 han dado el triunfo á las intrigas que los conservadores llaman hoy suyas, y que tendrán tambien por suyas los intransigentes.

Caer como Gambetta ha caido, no se llama caer. Se llama elevarse.

El deseo de compensar sus pérdidas en Europa, con ganancias en el Africa, ha impulsado á

Turquía á enviar una ostentosa embajada á las córtes de Berlín y de Viena, razonando de esta suerte: ¿Cuál es el mayor enemigo de Francia, conquistadora de Túnez y poseedora de Argel? ¿Alemania? Pues busquemos una alianza con Alemania, para que entorpezca la marcha de los asuntos de Francia en África.

Tanto en Berlín como en Viena, la embajada turca ha sido recibida y festejada con cordialidad, apresurándose el sultan á corresponder á estos agasajos con otros de que han hecho objeto á Austria y al personal de la embajada.

La influencia de Turquía es la causa de la prolongación de la guerra de Túnez. El príncipe de Bismarck es responsable de los desastres que esta situación ocasiona. Pero entra en su política crear dificultades á la república vecina. Para el príncipe de Bismarck por todas partes se va á Francia.

El movimiento de protesta contra las brutalidades de que han sido objeto los judíos en Rusia, se extiende y acentúa en Inglaterra.

La libertad que maldice á la tiranía.

El viaje de la corte á Lisboa ha ofrecido las mismas vicisitudes que una excursión al polo: los viajeros han estado expuestos á helarse: el recibimiento fué tan frío, que en vez de cortinas hubieran hecho bien en poner en cada balcon un brasero.

Unos culparon del suceso á la complexion fría y flemática de los portugueses, resistentes á entusiasmarse por nada ni por nadie; otros, al miedo de que el viaje pudiera ser el prólogo puesto á la obra de la unión ibérica; algunos á la influencia de las costumbres democráticas del rey D. Fernando, que ha acostumbrado á los lusitanos á la sencilla vista de la magestad; quiénes al carácter frío y serio del pueblo portugués y á su comercio, casi exclusivo, con los ingleses... No ha faltado quien haya dicho que ilustrados y ensoberbecidos los portugueses con su ciencia, fácil es que al ver pisar el suelo lusitano á monarcas extranjeros, hayan dicho, viniendo su actual cortesía y cediendo á una satánica inspiración: «somos tanto como vosotros.»

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que lo que se creyó apoteosis, ha sido parodia, y que cuando todo el mundo esperaba que se llamase á la escena á los actores para colmarles de aplausos y coronas, ha faltado poco para que los silben.

Nada de vínculos que unan y estrechen á dos pueblos nacidos para ser hermanos; nada de problemas de política internacional resueltos; nada que quede de tantas esperanzas y de tantas profecías de futuras grandezas. Todo ha quedado al descubierto... hasta las pantorrillas de los correspondientes.

Se supone que el Sr. Valera publicará en breve tres novelas con estos títulos:

Las ilusiones de un embajador.
Pasarse de dinástico.
Y los chirimbolos.

La campana de la parroquia de Santa María tocando á muerto por el general conde de Balmaseda, ha tocado á rebato para que centralistas y constitucionales se preparen á la más formidable batalla que han reñido desde que juntos subieron al poder para olvidar promesas solemnes, y ser la desesperación de los canovistas recalitrantes.

Con razón ha podido decirse que no hay más política posible en España que la de las personalidades! Ni los presupuestos con todos sus absurdos, ni las reformas judiciales suspendidas no bien se conocieron ni las contradicciones en que el Gobierno se ha perdido más de una vez, han dado tanto que hablar como la provision de la Capitanía general de Madrid. En el salon de conferencias, entre los centralistas más medrosos y los constitucionales más atrevidos, en los Consejos de ministros, en todas partes, no se ha hecho durante una semana otra cosa que barajar estos dos nombres: general Lopez Dominguez y general Castillo. Este ha sido triunfo y hoy es capitán general de Madrid. No sin trabajo.

Sabemos de algunos ministros que en vez de pedir el coche piden estos dias un carro de mudanzas.

Los viajes de recreo se anticipan este año. Antes de que los *touristas* de Lavapiés y el Rastro vayan á Alicante y Valencia por dos duros, los amigos de *El Siglo Futuro* van á ir á Roma por devoción.

Los peregrinos van á formar un verdadero ejército.

Irán á Roma, verán al Pontífice, se asociarán á su tristeza y volverán gozosos... si vuelven sanos.

—Supongo, decia el otro dia un peregrino futuro imperfecto, que los romeros se formarán por provincias.

—No, señor, le contestaron; por batallones.

Cuatro periódicos de reconocida importancia, *El Liberal*, *El Mercantil Valenciano*, *El Porvenir* y *El Estandarte*, han coincidido en hablar, con ocasion de la candidatura del general Castillo para la capitanía general de Madrid, de los que se llama-

man obstáculos tradicionales. Las declaraciones de estos periódicos no tienen desperdicio. Pero habremos de contentarnos con oír al *Mercantil Valenciano*. La cortesía nos obliga á tratar con mayor consideracion que á los de casa, á los periódicos de provincias. Oigamos:

«El miedo hizo que los constitucionales subieran al poder, pero el miedo hizo tambien que éstos aceptasen las condiciones que se le impusieron, entre las cuales es la más ofensiva para la dignidad de un partido serio, la de dar en garantía de su lealtad el ministerio de la Guerra y todo lo que á este departamento se refiere...»

El descontento de la mayoría, las exigencias del grupo de los *solitarios*, los recelos fundadísimos de los que representan dentro de la fusion la tendencia liberal, todo esto, cuando no las consideraciones debidas á la constancia, á la lealtad, á los principios del general Lopez Dominguez, aconsejaban al Sr. Sagasta el nombramiento de este distinguido militar para la capitanía general de Madrid, tanto más, despues de haber sonado su nombre, despues de haber sido presentada su candidatura por el ministro de Fomento; pero ¿qué son y qué valen los Sres. Sagasta, Albareda, Leon y Castillo, y Gonzalez, ante lo que significa en el Gabinete el Sr. Martinez Campos?

¿No quiere éste ó no quiere *aquél* entregar un mando militar al sobrino del duque de la Torre? Pues ya no hay cuestion; el general Lopez Dominguez queda desairado, quedan humillados los constitucionales, satisfecho el héroe y tranquilo el que no se fia poco ni mucho de los que en 1868 derribaron el trono de Doña Isabel.

Ni una palabra por nuestra parte.

Seria matar un gran efecto.

Lo que no ha logrado ninguna empresa con dramas, comedias, óperas y bailes de gran espectáculo, en noches de invierno, lo ha conseguido la Sociedad libre-cambista con discursos sobre aranceles en una tarde primaveral y hermosa: ver llenos los palcos y las butacas del teatro de Apolo.

El escenario estaba decorado con gran lujo, los oradores hablaron mucho y bien; el público no cesó de aplaudir en toda la tarde. Si estos aplausos los reparte la justicia, los mejor librados serán los Sres. Costa, Pedregal y Azcárate.

La Asociacion para la reforma de aranceles de Aduanas pide á las Córtes:

- 1.º El establecimiento inmediato de la base 5.ª de la ley arancelaria, fijando la fecha en que ha de regir el arancel reformado, aplicándole desde luego á las mercancías de todas las procedencias.
- 2.º Acortar los plazos de las dos rebajas sucesivas que determina dicha base.
- 3.º Modificar ó suprimir los artículos 4.º y 5.º del proyecto, de forma que sea fácil reanudar los tratados de comercio con las demás naciones.
- 4.º Suprimir el artículo 6.º y el tranistorio.
- 5.º Abolir los derechos extraordinarios que gravan el arancel.

El Sr. Azcárate comparó al proteccionismo y al país con un matrimonio, en el cual la mujer (el proteccionismo) es una arpia, y el marido (el país) un cordero.

Admitida la comparacion, ya sabemos lo que quiere el Sr. Azcárate para que no haya proteccionismo posible.

Que el país deje de ser un Juan Lanás y se convierta en un Barba-Azul.

Si los éxitos no se pudieran discutir y no hubiese para los autores dramáticos más opinion que conquistar que la del público que asiste á los estrenos, los que tienen por oficio escribir para el teatro podrían dormir tranquilos durante los ensayos de sus obras y asistir al estreno de éstas desde un palco proscenio ó una butaca de primera fila. Todo se aplaude con entusiasmo; lo más que puede suceder es que el público, viendo un drama, se muera de risa: los rumores y las protestas van siendo prehistóricas: dentro de un par de años, asunto para una conferencia del Sr. Vilanova.

Y sin embargo de esto y de que de la olla de estrenos de dramas, comedias, juguetes, apópsitos y disparates no van saliendo más que *garbanzos negros*, todavía hay quien rompe lanzas por los malos autores y culpa de las desdichas de ellos á los moldes estrechos á que el teatro está sugeto y á la crítica apasionada é ignorante del público.

Convenimos en que no existirían Shakespeare ni Schiller en su verdadera grandezza, si no hubiesen tenido campo abierto para desarrollar sus concepciones atrevidas; convenimos en que es preciso romper con la rutina y verificar un progreso en nuestro teatro nacional; convenimos en que á la regularidad sistemática debe suceder la libertad magestuosa... ¿Pero disculpan estas necesidades los disparates de algunos autores? No. Ni con moldes estrechos, ni con amplios moldes tendrían defensa los que llevan al teatro fantoches en vez de personajes, absurdos en lugar de argumentos, y declamaciones ridículas más bien que conflictos dramáticos.

El teatro Español ha dado tregua á los ensayos y ha dejado que se pasee todas las noches por su escenario *La hija del aire*.

El público está desencantado.

Esperaba que *La hija del aire* no fuese Semiramis, sino Mis-Zæo.

A mis oídos llega confuso un rumor en el que se mezclan alegres voces, rasguear de guitarras, repicar de pandeteras y el débil ruido de alguna flauta que se oye como una queja en un tumulto. Son los estudiantes, la juventud sin penas, el ejército de la felicidad, rondadores nocturnos que recorren las calles cantando y van á festejar con serenatas á sus novias.

¡Qué dichosos son!

Pero no les envidiamos.

Ellos llegarán á Junio y serán con los exámenes en el Purgatorio.

Las crónicas parlamentarias han sido sustituidas por las crónicas de salones; las sociedades de crédito con ser muchas, son ya ménos que las sociedades de baile; en cuanto carnaval se aproxima no se oye hablar más que de una revolucion; de la revolucion de los pies.

En ella representa el wals el papel de protagonista y de héroe: el wals es la redencion del baile. Era sin duda una época desventurada para el baile. Su mision no tenia objeto. Todo lo habia sacrificado á la felicidad ajena, y el hombre empezaba á reirse de aquellas amaneradas y ridículas actitudes que tenian mucho de los grotescos saludos con que árabes y hufoes saludaban á sus monarcas. La humanidad corria y el baile estaba quieto. Los lanceros eran demasiado ingleses, es decir, muy frios; el rigodon ceremonioso; la gavota antdiluviana. Momentos hubo en que se creyó que el baile desapareceria. De impedir este desastre se encargó el wals, aéreo, espiritual, encantador, movable, que cubrió con el fuego de la pasion el baile, é hizo de lo que antes era frio y nieve, un volcán.

Los antiguos creian que el diablo sorprendia bailando á sus víctimas para condenarlas al fuego eterno.

El wals hace imposible esta picardía del diablo. Aun logrando que las parejas muriesen en el momento del baile, sus esfuerzos serian inútiles. Las encontraria ya en el cielo.

De todos los bailes, el que más merece que le recordemos, es uno de niños celebrado en casa de una aristocrática dama: una procesion de ángeles con careta.

El baile de niños fué un baile en miniatura. No faltaron recaditos al oído, declaraciones de amor, celos, desdenes, miradas torvas y amenazas terribles.

Las niñas, sabiendo por instinto que el cariño de las mujeres coquetas se ama más que ninguno porque nunca se tiene, desesperaban á sus adoradores.

Un capitán de dragones de cuatro años, tuvo un lance.

Pero escondió airado su blanca manecita en el bolsillo del pantalon buscando una tarjeta, encontró caramelos, y se olvidó del amor y del desafío. ¡Este niño de cuatro años, empieza por donde acaban muchos hombres!

MIGUEL MOYA.

NATURALISMO EN EL ARTE.

Memoria leida en el Ateneo de Madrid por el secretario primero de la seccion de Literatura y Bellas Artes.

El arte recogia incesantemente todas estas ansias; acostumbrado á contemplar por mucho tiempo á la naturaleza nada más que en sus esplendores y ritmos idealistas, veia la imagen del hombre trazada á semejanza y gusto de los espíritus soñadores; la veia desaparecer de la tierra y desvanecerse en el cielo conducida por los entusiasmos de una lírica desenfundada y loca; escuchaba los rumores delirantes de los románticos y sus gritos de guerra; asistia á las batallas libradas en la escena con los numerosos ejércitos de sus fantásticas creaciones; se extasiaba ante la audacia de los géneos aventureros que pretendian escalar todas las cumbres y bordear todos los precipicios, y se creia fuera de la vida testigo extraño y desdenoso de nuestras luchas, como si el eterno cautiverio de la humanidad no le retrajera de sus extravíos.

Los amores y las esperanzas de los poetas hipochondriacos, como las líneas paralelas, condenadas á llevar una misma direccion sin encontrarse nunca, sino en un ideal infinito, servian de ocasion á todos los desbordamientos; las grandes pasiones del alma, los contrastes terribles entre la materia y el espíritu; la caballerosidad de los bandidos inverosímiles y los suicidios werterianos trasfiguraban nuestra naturaleza y nos trasportaban muy lejos de los confines de la tierra, al mismo tiempo que la humanidad silenciosa y triste como la estatua de la meditacion austera, ante las ruinas de su pasado luctuoso, se preocupaba de su porvenir, rodeaba de obstáculos con esa indecision del artista sin soplo inspirador, que en medio de sus numerosos modelos, vacila y duda su eleccion para comenzar la obra de su inmortalidad.

Ante la violencia de este contraste, la reaccion comienza. Mientras David, llevado en alas de su amor clásico traslada al lienzo la historia antigua, y Eugenio Delacroix derrama en sus cuadros todo el romanticismo de su paleta, aparecen Vernet, el Beranger apasionado de la pintura, y Courbet, que,

abriéndose paso entre las protestas abrumadoras de sus adversarios, muestra el evangelio de la democracia artística, en su cuadro *Le Retour de la Poire* y señala a la crítica el camino del naturalismo que ha de inspirar a la nueva estética.

Al mismo tiempo que Chateaubriand y Lamartine, contrastando con los triunfos olímpicos de Hugo, aparecen Stendhal y Champfleury, continuadores del realismo del siglo XVIII. Impresionados ambos por el espíritu de la época sienten verdadera necesidad de humanar el arte protestando de las exageraciones idealistas.

Pero aun cuando los jefes de la llamada escuela naturalista pretenden dar a aquellos el título de sus apóstoles, aun cuando ingeniosamente analicen sus obras entresacando de ellas pensamientos aplicables a la estética del gusto moderno, es lo cierto que el detenido estudio de sus producciones no da este resultado.

El ingenio sagaz y penetrante de Stendhal, el espíritu revolucionario de Champfleury presentian sí el credo naturalista, pero los sentimientos y caracteres de los personajes de sus obras, la hipocresía de *Julian* y el amor de *Mme. de Renal*, en la novela *Le Rouge et le Noir*; los crímenes y voluptuosidades de la *duquesa Sansiverina* en *La Chartreuse de Parme*, obras ambas del primero, y las aventuras de *Mademoiselle Mariette* del segundo son estudios y análisis psicológicos que llegan a la realidad de la vida, no por el procedimiento fisiológico de los naturalistas, sino por esa observación a quien acompaña el exquisito sentimiento de la belleza. Uno y otro evocan en sus creaciones los impulsos del espíritu, tocan los escondidos resortes de la conciencia, para que la lógica del arte, la verosimilitud de los caracteres y la propiedad de las pasiones presidan como diosa soberana la marcha de la acción novelesca. Uno y otro conceden a la naturaleza sus derechos y dan franca entrada a lo real y existente, mas no huyen de lo ideal cuando éste se presenta, sino que aprovechándole moralizan y aleccionan en las experiencias de la vida. Uno y otro, en fin, acatan y obedecen a La Bruyere: «Recogen y se asimilan un rasgo de carácter, agréganle a otros y aplicados artísticamente a un personaje, dan a luz la obra del ingenio devolviendo a la humanidad aquello que esta les ha prestado.»

Es en nombre de esta escuela literaria, por cuya propaganda y vencimiento levantan más tarde la bandera de la reacción contra el romanticismo los entusiastas Duranty, Assezat y Thulié, presentando las bases de una estética no nueva, porque el realismo es tan antiguo como el arte, pero sí inspirada en las agitaciones sociales, en los anhelos de sinceridad que el hombre del siglo diez y nueve siente en el alma.

Es el mismo pontífice del naturalismo moderno, proclamado así por sus émulos, el Molière de la vida íntima y familiar de nuestra época, quien pertenece también a esta generación de realistas. Balzac, el constante batallador en la terrible lucha por la existencia, presa de la fiebre devoradora que la sociedad de su tiempo sentía, identificado con las aspiraciones positivas de la democracia penetra dentro de ella, sorprende con su observadora suspicacia las escenas de la vida íntima, analiza y descompone todas las pasiones humanas, sigue y acecha todos los impulsos del corazón, y cual nuevo Prometeo sufriendo todos los martirios del Olimpo romántico, las desventuras de la fortuna adversa y veleidosa y los insultos de los detractores de su génio siempre negado, arranca al impenetrable fondo de la vida el secreto de su amarga realidad.

Al través de ese edificio concebido por la imaginación con todos los modelos que encierra el taller inmenso de la naturaleza, en el lúgubre fondo de *La Comedia Humana*, se revuelven como en el infierno sin esperanza de la epopeya dantesca todas las almas y todas las pasiones; allí se hallan en confusión horrible los sentimientos materializados por el cinismo, el placer degenerando en prostitución, el ideal purísimo en interés, la religión convertida en sentido, el amor en tráfico; se muestran descaradamente todas las descomposiciones de la humanidad cadáver; se perciben los miasmas de la corrupción, los lastimeros ayes de las almas martirizadas por la tortura de sus propios deseos; en aquella inmensa galería de retratos se ven todos los rasgos de la fisonomía humana, las señales inequívocas del temperamento, las arrugas que deja la pasión en el rostro, los cabellos blancos sobre la cabeza del anciano, que parecen indicar, como la ceniza que corona las cumbres de los volcanes apagados, la ausencia del fuego devorante ó el término de las grandes explosiones, y sobre este Sinaí concebido por la fantasía en cuyas alturas se elabora un nuevo evangelio, se aparece a la humanidad el museo viviente de sus dolencias y quebrantos.

Balzac tenía, sin embargo, un delicado sentimiento de la realidad. Es cierto que su espíritu observador aprovecha los detalles más íntimos y estudia el modelo hasta profundizarle como un disector; es verdad que abandona el carácter de sus personajes al temperamento que les domina ó a las sensaciones que experimentan; pero su imaginación obra directamente sobre todo cuanto asimila, y trasforma lo real y existente, iluminando con intenso color lo que describe, de tal manera que los objetos inanimados y confusos se destacan y viven en una atmósfera fantástica. Balzac, no olvida en absoluto las recriminaciones de la con-

ciencia humana, que hacen vacilar al personaje y le detienen en su precipitada marcha; algunas veces avanza más allá de lo real y crea a Vautrin, que tiene algo de la grandeza romántica de Valjean, siendo honrado con los débiles y criminal con los fuertes; otras, intenta el estudio fisiológico, descarnado y cruel de la ingratitude filial, contrastando con el ciego amor de la paternidad, que contempla impasible la prostitución de sus hijas y olvida su ruina y su dolor por un falso beso, y crea al desdichado Goriot, a quien la enfermedad y el desamparo abren los ojos a su incondicional cariño, y muere pronunciando apóstrofes sublimes, cual si imitando a Shakespeare hubiera Balzac pretendido moldear en el Lear de los románticos, el de los modernos realistas.

No es, pues, Balzac un naturalista íntegro, porque sabía que el arte no es imitación servil de lo real; copiaba sí, la naturaleza, pero se imponía sobre ella, estableciendo una lógica que las pasiones no tienen en la vida; la sociedad que retrataba era cierta, y por esto Balzac nos aparece como un Dickens sin compasión, que lejos de amar sus pinturas fidelísimas, las aborrecía y protestaba de ellas con amargura; por esto hallareis a través de sus obras un ideal triste y luctuoso, que como negra nube llena de sombras a sus personajes, ofreciéndonos el espectáculo de todos los abismos.

Es, sin embargo, cierto, que en la obra inmensa de Balzac se hallan, aunque confusas é indefinibles, las fórmulas de la moderna escuela. Se hallan sus principios y prescripciones, sus consejos y procedimientos, pero flotan en ella como semillas arrojadas por el acaso que el huracán lleva y conduce a todos los lugares, se hallan en revolución desordenada, respirando la atmósfera de aquel romanticismo que obligaba a su corazón entusiasta a sentir admiración por Walter Scott.

En el instante mismo en que el génio de Victor Hugo resplandecía como astro de fuego desde la solitaria isla de Jersey, a donde el destierro le había lanzado; cuando la escuela romántica miraba desde París hacia las quebradas costas de Inglaterra, ansiosa de recoger todos los ecos de los cantos y apóstrofes sublimes de su ídolo, un grito de fundada alarma resuena y se extiende a todas las esferas de la literatura, y con él siguen, pasado el primer momento de estupor, las acusaciones terribles, las acerbas censuras que partían de todas las plumas contra el pecho de un atrevido innovador.

Era, señores, la tormenta que precede y acompaña a las grandes revoluciones; el ruido del trueno que mostraba la elaboración eléctrica de la chispa; era la publicación de *Madame Bobary*, acompañada del fiscal del emperador y de su ruidosísimo proceso; era, en fin, la presentación de un nuevo Lutero llamado al banquillo del crimen para ser juzgado como todos los audaces redentores.

Gustave Flaubert recoge la obra dispersa de Balzac, y en breve número de páginas da vida a la moderna escuela del naturalismo. El es su codificador, quien, en mi juicio, ha sabido sintetizar todos los principios y procedimientos de esta literatura, encarnándolos en personajes y tipos reales que ni un solo momento se apartan de esa verdad que tanto enaltecen los críticos naturalistas.

Madame Bobary es el monumento de la escuela. Ved los elementos que el incansable artífice ha puesto en él. Su primera idea es la de una observación rigurosa y austera que busca la exactitud de la vida humana hasta desentrañar la verdad en los más escondidos senos de la conciencia. Nada en él pueden los entusiasmos y arrebatos, en nada interviene la imaginación creadora de la poesía; las musas huyen desparovidas de sus páginas ante la frialdad de una lógica inflexible cuya primera exigencia es la sobriedad. El temperamento nervioso y soñador de *Emma*, el linfático y moderado de *Carlos*, desarrollándose como plantas exóticas en tierra extraña, se imponen como el destino implacable de Orestes sobre aquella, y cae precipitada en el abismo, cual flor nacida en la sombra, que ávida de sol dilata el quebrezido tallo para buscar sus rayos y no encontrándolos muere mistia y ajada, enterando su cáliz en la miserable tierra. Ante la necesidad de este resultado, el artista persigue analizando sin piedad con el microscopio y el escalpelo, evoca los fenómenos patológicos, señala las vísceras de donde proceden, y expone a la sociedad el frío cadáver, como el sabio que ha creído hallar en el silencio de sus estudios un nuevo derrotero para la ciencia. Y es tanta, tan asombrosa y difícil la impersonalidad de *Madame Bobary*, que en ninguna de sus páginas hallareis el espíritu de Flaubert; dijérase que la novela nace espontáneamente por sí misma sin la intervención del escritor: no encontrareis las reflexiones y comentarios con que el artista procura derramar los colores de la simpatía hacia esta ó aquella figura; no encontrareis tampoco esas evocaciones al sentimiento que hieren vuestro corazón y provocan el llanto; no hallareis la enseñanza moral desprendida del secreto de los sucesos, tampoco esas suaves indicaciones que conducen a un ideal inexplicable y vago, que levantan el alma del lector a las esferas del espíritu; tan sólo hallareis el frío espectáculo de las desdichas de *Emma*, sucediéndose hasta su muerte, desarrollándose a vuestra vista como los fenómenos de la naturaleza, y sobre ellos, indiferente y cruzado de brazos como un espectador sin impresiones, la figura

de Flaubert contemplando, cual disector, el horrible cadáver que abandonaron a la tierra como despojo sangriento, las pasiones de un alma pobre y desdichada.

Es fuerza reconocerlo así. El arte se ha desprendido de muchos ideales, ha abandonado sus quimeras y sus extravíos, rechazando símbolos y alegorías; cesaron ya las lamentaciones estériles de los poetas, desvaneciéronse los idealismos ilusorios que tan sólo espiritual deleite producían. La belleza que Platon colocaba en los espacios imaginarios y fantásticos, la que adorada por los místicos vivía como doncella aprisionada con cadenas de oro en el cielo purísimo de los arrobamientos y éstaxis; la que religiosamente amada por los clásicos mostraba sus gracias y formas, ostentando finjida austeridad y lujo reglamentado; la que era idolatría y ardiente delirio para los románticos, todas, todas las bellezas hijas de lo inmutable, el culto de la absoluta perfección que, como el agua purísima, no debía tener sabor alguno; las bellezas soñadoras é inofensivas han muerto en los brazos de sus ángeles, rodeadas de incienso, entre las nubes de sus armonías y ritmos, como Ofelia entre el murmullo de las ondas del río y el eco de sus propios cantares y suspiros.

Nos hallamos en el siglo de las grandes luchas y de las grandes adquisiciones; el horizonte de las ciencias es inmenso; el campo de la filosofía es dilatado; los descubrimientos son cada día más temerarios é imprevistos; la necesidad de la civilización se nos impone y nuestras frentes se hallan aun enrojecidas por el fuego de la revolución.

Hay necesidad de acudir con remedios enérgicos a la curación de graves dolencias; los problemas sociales se multiplican cuantos más se resuelven; los errores no han desaparecido ni los fanatismos han dejado la tierra; por esto los medios de progreso no descansan, el ansia de verdad no cede, y la inteligencia y el pensamiento vigilan cuidadosamente los espacios como si escrutaran el porvenir.

Nadie puede permanecer ocioso; todos han de ser combatientes. Elementos de progreso son el arte y las letras, y por esto sienten en sus entrañas los mismos anhelos que la sociedad, auxilian la incesante agitación que nos devora y conducen a todas las esferas por medio del sentimiento y de la poesía, las mismas protestas, los mismos odios y entusiasmos que palpitan en el corazón de nuestro siglo.

Hé aquí por qué se ha verificado esta última renovación estética.

La belleza divina se ha sustituido por la belleza humana; el arte impasible y sereno se ha hecho arte crítico y batallador; la inspiración arrebatada del poeta que tan sublimes cantos producía, es hoy observación austera y minuciosa; la literatura ha abandonado los espacios imaginarios y estudia afanosamente al hombre, recogiendo de la ciencia lo que ésta averigua de la naturaleza de aquél; lo bello, al servicio de la verdad y de lo útil, acepta el carácter positivista que predomina en la filosofía; la novela y el drama trasladan con fidelidad las escenas de la vida íntima, y por todas partes el afán constante de la lucha lleva nuevos quebrantos y renovaciones. Pero, aceptando que el arte mantenga en su seno las aspiraciones que la sociedad siente; reconociendo que debe aportar sus valiosas fuerzas a nuestros combates y que lejos de permanecer en los cielos debe hallarse en la tierra, no reflejando lo que no sentimos, no engañándonos con pinturas fantásticas, ni mintiéndonos ideales sino hablándonos con el sentimiento de la sinceridad, es preciso que sus propios derechos y principios no sean violentamente atropellados.

He aquí, señores, lo que, en mi juicio, ha hecho el naturalismo entendido, según la crítica de M. Zola.

Llevado por la necesidad de presentar concluyentes y extremas afirmaciones en frente de la sobriedad académica, presentándose como reacción contra el romanticismo y en odio a él cerrándole las puertas del aplauso para abrirle la de las excomuniones, unas veces aguijoneado por los insultos que sus adversarios le dirigen y otras evanecido con esos triunfos que le han erigido un pedestal de ochenta ediciones de una sola obra, sobre el cual su ansia profética anuncia orgullosamente el *Delenda est Cartago* de la literatura de Victor-Hugo, es lo cierto que ha ido mas allá de sus propios deseos, fundando una estética que no han podido cumplir los naturalistas en sus mismas obras.

No son ciertamente nuevos algunos de sus principios, porque lo que hoy se llama naturalismo se llamó «resplandecimiento de la verdad, é imitación de la naturaleza entre los antiguos, se llamó humanismo cristiano entre los románticos y realismo durante el siglo diez y ocho y en la primera mitad del diez y nueve.

La observación que estos proclaman para trasladar la realidad al arte, no es sino consecuencia necesaria de los derechos que la naturaleza tiene dentro de él, y por esto hallareis en todas las literaturas claros ejemplos de que aquella ha sido cuidadosamente practicada. Por ser necesaria esta observación, llegó Teócrito en sus bucólicas hasta el realismo; por ella viven los héroes de la *Iliada* como indomables seres que palpitan en la plenitud de una naturaleza primitiva; por ella se insultan furiosamente Aquiles y Agamenon; á ella rindieron culto Aristófanes y Sófocles; por ella, en fin,

existe ese idilio tiernísimo y delicado de Longo en el que la inocencia pastoril de Dafnis y Cloe es tan exacta y verídica que pudieran envidiarla los más exigentes realistas.

¿Mas puede llegar esta observación de lo real á la experimentación fisiológica? ¿Puede en absoluto aceptarse para el estudio de los caracteres el determinismo? En una palabra: ¿pueden aplicarse las páginas de la Introducción al estudio de la Medicina Experimental, á la literatura?

Hé aquí una de las exageraciones más graves de los naturalistas y una de las profanaciones literarias más imperdonables é impías.

El arte no puede recoger de la ciencia sus inspiraciones de una manera tan absoluta; no puede tampoco seguir sus consejos ni sus inflexibles leyes, porque no es misión del artista la del sábio; aquél en las pasiones, en los caracteres que describe y pone en movimiento, busca tan sólo la emoción estética, pone de relieve los efectos y los contrastes, mezcla lo trágico y lo cómico, desarrolla, según la lógica del sentimiento, los hechos y las peripecias de la acción; pero no importa al arte, como un crítico observa, que Phedra padezca de histerismo, ó Neron de locura; no incumbe á la belleza conocer si es el temperamento, la exaltación nerviosa, quien arranca al pecho de Hamlet las amargas frases de su monólogo incomparable, ó si es una dolencia en la región epigástrica la que precipita á D. Juan á sus aventuras amorosas.

La fisiología, aplicada ciegamente á las letras, la observación y experimentación de sus fenómenos, producirán acaso excelentes suplementos á la historia natural de Buffon, como intentó lograrlo en el pasado siglo Restiff de la Bretonne; darán el acabado estudio de una enfermedad analizada en todos sus síntomas y precedentes; desarrollarán hábilmente una tesis científica, adornada con formas literarias y fantásticas, pero no llegarán á la obra de arte porque es uno solo su camino; no alcanzarán la realidad porque no reside ésta en lo inverosímil; lograrán, sí, mostrarnos el espectáculo triste y luctuoso de una vida ignorada y tenebrosa, sobre la cual surgirá el fatalismo fisiológico arrastrando sin responsabilidad nuestras acciones al crimen y nuestros hábitos al vicio, sin que por un instante la conciencia del hombre se le imponga ni la voluntad le refrene, obedeciendo, no al destino que los dioses griegos guiaban desde el Olimpo para que Edipo fuera incestuoso y Medea infanticida, no al imperio de lo sobrenatural y religioso, sino al mandato de las combinaciones físicas y químicas de que es víctima nuestra naturaleza y que informan y modifican nuestro albedrío; no á la imposición divina que vence en la lucha de las pasiones y las atrae hácia la moralidad y la Providencia, sino á la necesidad irresistible de una ley de herencia que imprime en las generaciones la huella profunda é indeleble del dolor, presidiendo como oscuro fantasma la sucesión de los crímenes dentro de una familia, predestinada á su desaparición en la tierra, como el árbol dañado en su robusto tronco, cuyas ramas absorben la sávia ponzoñosa, se secan y retuercen como en las contorsiones de un horrible martirio, y se inclinan al suelo sin vida, esperando el azote del huracán que las arranca ó el devorante fuego que las carboniza y extingue entre los gases de la invisible atmósfera.

El afán científico no debe penetrar con tanta immoderación en las bellas letras; no debe el artista recojer las informaciones diarias y variables de la ciencia para conducirlas como adquisición preciada á su obra, porque creyendo llevar en su fascinación ansiosa la verdad de lo real, se hallará dolorosamente sorprendido con que ha trazado en el lienzo ó en el libro las mismas imágenes del espejismo que sus engañados ojos vieron suspendidas en el espacio; creará, sin duda, que el hombre por él observado, que la vida familiar, tan detenidamente estudiada y escrita, es tal como su creación la refleja, y se hallará ante su propio desencanto, contemplando que ha sido un vano sueño el que ha dibujado su loca fantasía.

Ved, señores, por qué algunos naturalistas que han llevado sus exageraciones á la demagogia, y creído hallarse muy cerca de la verdad, la han sobrepasado audazmente, y hoy se encuentran como los caminantes y exploradores temerarios perdidos y sin guía, más aún que los idealistas aficionados á lo insondable que bogan en el vacío eterno, condenados al trabajo forzoso por sus propios pecados, y á la penitencia cruelísima de vivir siempre errantes, como las nubes á merced de los vientos.

Sintiendo la sinceridad tan sólo en los estudios de análisis y experimentación fisiológica, el naturalismo ha querido darnos práctica mentelo que el emisario celeste dijo de los justos de Sodoma, que no existía número bastante para aplacar el rigor y la indignación de los dioses.

Por esto, señores, han encontrado sus complacencias y entusiasmos en remover con incansable fatiga, las miserias del vicio y los misterios de la depravación en las clases ínfimas; han hallado sus aficiones literarias en traspasar con la sonda de la observación los dinteles de los antros lóbregos, en que sólo viven el crimen y la ignorancia en salvaje contubernio con la prostitución y la embriaguez; han sentido la realidad nada más que con el contacto de lo feo, y diariamente acumulan á sus obras antiguas, otras recientes, hasta que en justo premio de tan ardiente lucha, logren con-

templar el feliz término de este edificio sombrío, que cual horrible tumba que guarda los despojos livianos de los vicios sociales, se nos muestra en medio de la soledad angustiosa de nuestros dolores, ostentando en su fatídica losa la inscripción lúgubre que hizo el Dante grabar en las puertas del eterno duelo.

No he de negar ciertamente el derecho de ciudadanía literaria que las clases populares de la sociedad tienen en la vida del arte; no he de combatir tampoco la preferencia del artista hácia la trabajosa existencia de esas familias á quienes la miseria y el dolor combaten y las injusticias sociales condenan á la desesperación ó al sufrimiento; cómo hacerlo, si en esos horizontes limitadísimos y estrechos, desapercibidos é ignorados, encuentra la poesía idilios; el drama, trágicos caracteres y violentas pasiones; y la novela, escenas de elocuente y sencilla verdad, de exactitud precisa y colorido hermoso?

Pero sí es censurable lo que sistemáticamente se prefiere. Es censurable no buscar el drama más que en la *Cité-Dorée*, en la *Boule Noire*, ó en la *Coutte D'Or*, como la imparcialidad de Edmond de Goucourt reconoce; lo es igualmente no encontrar en esas clases que tan singularmente se retratan, sino la fealdad de los vicios ó el lado miserable de la abyección, negando con ciega misantropía la realidad de las virtudes generosas y limitando al arte el inmenso campo de sus dominios.

Muy al contrario lo han entendido los que pudiéramos llamar naturalista ingleses. Las fidelísimas pinturas de la existencia doméstica de las clases desamparadas, la verdad de la honradez sencilla de las familias humildes, se hallan en la novela inglesa demostrando esa simpatía que hallan en el corazón del artista la bondad y la resignación de las almas pobres.

Ahí están, como indudable prueba, las obras de Jorge Eliot, inspiradas en ese sentimiento tiernísimo; las infinitas novelas de Carlos Dickens en que con tanto amor se manifiesta la realidad en todos sus más frívolos detalles. Ahí está, entre las obras de la escuela naturalista, *Le Petit Chose* de Daudet, que con tan esquisita elegancia y delicado espíritu retrata las fragilidades de un ser pequeño y débil dotado de femenina susceptibilidad.

Y no es, señores, que los principios fundamentales del arte limiten la imaginación, las preferencias é inclinaciones del artista. Es tan grande su espíritu, tan dilatadísimo su campo, que cuanto existe en la naturaleza, cuanto palpita y vive en la creación puede ser objeto de su obra. Permitido está que el autor dramático lleve á la escena todos los monstruos y que desate sus horribles pasiones, hasta que el temor nos sobrecoja y torture, como si ante la realidad nos encontráramos; autorizado está que el novelista traslade á sus páginas todas las fealdades de la conciencia humana, las obras del abominable crimen y los actos del libertinaje y del escándalo; derecho tiene el poeta á conmovier nuestra alma con los acentos de la tempestad, el rápido brillo de la chispa, el rugido de las pérdidas encrespadas olas, y la muerte angustiosa del desdichado naufrago.

Si los naturalistas sólo sienten amor en las inspiraciones de lo feo, si tan sólo creen en su poder realista, no desoigan en buen hora sus deseos.

¿Pero qué misteriosa transformación ejerce sobre aquél el arte? ¿Cuál es su benéfico concurso que produce en nuestro espíritu impresiones gratísimas?

Es que el arte no copia ciegamente y sin conciencia; no sigue al modelo para tomar de él todos sus rasgos y llevar al mármol el color de la carne, las arterias y venas de nuestro cuerpo; es que no acepta la exactitud fotográfica de la cámara oscura, que refleja impasible todas las hojas y ramas y todos los horizontes del paisaje; es que el artista no recoge, como el fonógrafo, todas las frases y todos los acentos; es que la taquigrafía no hace los diálogos, ni el curial inventaría las descripciones; es que el arte no puede ser la imitación servil de lo real, ni el teléfono de la verdad escueta y descarnada, sino que tomando el aspecto típico de los objetos nos muestra en su capital carácter; recogiendo sus cualidades salientes, condensa y resume la realidad; la completan y transforman sin desatenderla, y de esta suerte, el artista, muy lejos de presentar la repulsión que lo abominable inspira, embellece; enemigo de la enojosa minuciosidad, elimina; partidario de la pureza estética, corrige, reduce los planes, acorta los horizontes, purifica la atmósfera, reduce el número de los árboles y abrevia los límites, idealiza la verdad é imponiendo el sello indeleble de su inspiración y de su genio, se nos muestra en el pequeño mundo de su obra tan grande, tan original y poderoso como la magestad divina de la creación en medio de su espléndida y fecunda naturaleza.

Por esta mágica influencia, por el convencimiento irresistible del poder estético, decía el austero legislador del Parnaso, con la imponente y délfica autoridad sentenciosa: «No existe reptil ni monstruo aborrecible, que deje de agrandar nuestros sentidos; no hay pasión humana ni horrendo crimen que no encierre la vida de lo bello; no puede existir fealdad detestable que deje de alegrar nuestros ojos por el concurso benéfico de la imitación artística.»

En estas condiciones puede el arte recibir en sus obras lo feo, y así han de aceptarle los natura-

listas, si es que no pretenden fundar una estética absurda.

Porque existen límites justos y precisos, porque es una la realidad de las cosas humanas, y otra la que pudiéramos llamar realidad artística; porque nuestros actos, las escenas de la vida íntima, el desarrollo de un carácter ó el desbordamiento de una pasión, no constituyen por sí mismos la novela ni el drama, como el hermoso espectáculo de la naciente aurora derramando desde Oriente sus colores, ó la puesta del sol recogiendo los desde el ocaso, no constituyen el canto sublime del poeta.

Existen ciertos términos convencionales y verosímiles, puntos de vista que la inspiración observa y aprovecha; determinados y seguros efectos y misteriosas intuiciones del alma, que sin oscurecer la verdad del modelo, la esclarecen y completan en la ejecución de la obra.

Fatalísima y deplorable es la tendencia del naturalismo cuando quiere mostrar en esto su demagogia.

En su incesante afán de sinceridad ha pretendido hacer con el estilo lo que el pintor no intentaría con el pincel; ha querido copiar todas las frases, siguiendo fielmente todos los diálogos, como si transcribiera á sus páginas las preguntas y contestaciones en una escena judicial y tumultuosa ante la solemnidad del Jurado; ha intentado estereotipar los gestos y las actitudes de sus héroes, sin que un solo detalle, ni la más efímera minuciosidad, nos haya sido perdonada; ha necesitado describirnos el escenario de sus obras, y como el lápiz que sigue al trasluz la línea del original que copia, nos ha mostrado la naturaleza en todos sus aspectos, sin eliminar del campo una sola flor ni una grüja de las orillas del murmurante arroyo; ha recogido, en fin, todas las palabras, y asimilando á sus gustos las imágenes groseras, ha aceptado los períodos y términos de esa gramática impía, elaborada en los accesos de la embriaguez ó entre los rumores del escándalo, que cual espuma repugnante del vicio rebosa en los labios, como el veneno en el áspid de la serpiente emponzoña el alma y el buen gusto, llegando á las esferas del arte, merecedora de la indignación que inspira en el oído del creyente la blasfemia, ó en el corazón del hombre honrado el eco murmurador de la calumnia.

Cuando leo estas obras escritas por la fiebre de la sinceridad y escucho las palabras del diálogo entre sus personajes; cuando registro las páginas exactas que copian todas las escenas preparatorias del crimen ó del vicio y contemplo su gradual desarrollo, que nunca se aparta de la fidelidad; cuando observo el interés de estos artistas en que la novela ó el drama sean una germinación de la naturaleza y un documento viviente para la historia de la humanidad, creo que han sido concebidas y ejecutadas nada más sino para que el lector las examine como el juez austero que escucha en su tribunal la acusación y la defensa de un reo célebre por sus espantables delitos.

Después de la lectura de *Fromont jeune et Risler aine*, que es la obra más naturalista de Daudet; al contemplar las immoderaciones ambiciosas de la vanidad de *Sidonia*, que sin detenerse ante el adulterio provocan la ruina, la desesperación y el infortunio de las personas á quienes ésta unió su deshonra y su infamia; al escuchar las frases de *Germinie Lacerteux*, de los hermanos Goncourt, en que la degradación moral de la heroína, provocada por el abandono de *Jupillon*, se precipita locamente en el fango siguiendo los pasos de ese calvario afrentoso de la prostitución; al oír, sobre todo, los diálogos en *L'Assommoir* y las escenas lujuriosas en *Nana*; al percibir el tumultuoso ruido de este teatro de monstruos, que fatalmente encadenados á todos los vicios parecen desgarrándose el alma en todos los tropiezos, entre angustias horribles y agonía cruel, creo ver que la audacia del artista, cuando intenta decirlo todo según lo escucha, y traslada fielmente las palabras de la realidad; cuando su afán ardiente por la copia exacta atropella todos los consejos y desatiende todas las exigencias, lejos, muy lejos de comprender el arte, le calumnia; lejos de seguir las inspiraciones de lo bello, desoye sus enseñanzas y quebranta las esenciales reglas del buen gusto; imitando con tan tenaz empeño á los que por penetrar demasiado en el templo de la filosofía, cuando muy próximos al triunfo y al saber, intentan mostrarnos sus alegrías, se transforma el grito de júbilo que quieren expresar sus labios en cargada horrible de exaltación furiosa, demostrando á los audaces que puede ser el término de la verdad, el principio de la locura y de la eterna sombra.

No es que seamos, defensores del arte mogigato y circunspecto; no es, porque condenemos el lenguaje *ultra-real*, que afectemos hipócritamente esa moralidad estudiada, que se recrea y estaxia ante los cuadros de la lujuria encubierta por la discreción y el estilo rebosante de flores y galas; no es tampoco porque censuremos el desnudo escueto del naturalismo, que defendamos esa sobriedad académica que emplea en sus obras el propio lenguaje de la retórica oficial, y hace hablar á sus héroes, aun siendo de ínfima ralea, la misma gramática de los literatos.

E. GOMEZ ORTIZ.

Continuará.

MONTAIGNE.

Un distinguido escritor, M. Daunou, llamaba al siglo XVI el siglo más trágico de la historia; pero que sea ó no el más trágico, contiene gérmenes fecundos, orígenes ilustres del mundo en que vivimos.

Pero no basta su novedad para atraer nuestra atención y excitar nuestro deseo de estudiarle, porque conocemos las opiniones de los espíritus sistemáticos, que han ostentado el celo más vivo en oponer la tradición al progreso, y nosotros profesamos la creencia contraria; nos alienta el espíritu de seguir en la huella del pasado la tradición del progreso, para demostrar el trabajo secular que constituye la fuerza del mundo moderno; la historia de las ideas antiguas nos conduce al esclarecimiento de las ideas nuevas, y no concebimos que hombres que aman de corazón los principios eternos de la perfectividad progresiva de la humanidad y que creen en sus futuros destinos, imaginen que el sistema político ó social que defienden es hijo de dos ó tres generaciones aisladas, sin precedentes y sin ejemplos, en los siglos anteriores al siglo XIX.

Pero ahora nos remontamos al siglo XVI, para examinar la influencia que ha ejercido en él un moralista como Montaigne, que se consagró en sus célebres *Ensayos* á la educación de los niños.

La educación en su época estaba á la orden del día. Erasmo consideraba que el punto principal á que debían dirigir sus miras todos los hombres que aspiraban á impulsar la marcha de la sociedad hacia adelante, era la instrucción: Rabelais, á pesar de todas sus groserías de estilo y de sus inmensos estallidos de risa, que ocultan algunas veces la lucidez de sus pensamientos, trazó un doble cuadro de la educación ficticia é ineficaz de Pantagruel, bajo la dirección de su primer maestro y de sus progresos rápidos, después que le hicieron seguir un método más natural. Así, M. Guillermo Guizot hace notar lo importante que fué en la historia moral del siglo XVI la educación de Montaigne, alimentada por las ideas de Erasmo y de Rabelais.

No nos proponemos entrar en largos detalles sobre la familia de Montaigne, descendiente, al parecer, de una rama ennoblecida, originaria del Norte, tal vez de Flandes ó de Inglaterra, pero establecida después en Burdeos, donde, enriquecida por el comercio, compró el señorío territorial y el castillo de San Miguel de Montaigne.

Antes de las guerras de Francia y de Italia, las relaciones entre los dos pueblos permanecieron limitadas á un escaso número de hombres; los franceses sólo conocían la nobleza de las armas, y mostraban menosprecio por las letras; la Italia no tenía más que soldados mercenarios para defenderse, y Montaigne, contestando á Castiglione que escribió su *Cortesano* en 1516 y 1519, y pensaba que, después de la bondad, las letras eran el verdadero y principal adorno del espíritu, desconocido por los franceses; el moralista atribuyó el triunfo de Carlos VIII, que casi sin sacar la espada de la vaina se hizo dueño de Nápoles y de una gran parte de la Toscana, porque los señores de su comitiva atribuyeron esta inesperada y fácil conquista á que los príncipes y la nobleza de Italia se divertían más en ser ingeniosos y sábios que vigorosos y guerreros. El padre de Montaigne, cuando fué á Italia, donde la llama del Renacimiento brillaba en todo su esplendor, sintió su influencia, y empleando sus ócios en copiar lo que veía de nuevo, al regresar á Francia, y cuando tuvo hijos, quiso ensayar sobre uno de ellos, Miguel, el régimen de educación que había admirado en Italia, y esta experiencia fué provechosa en extremo para el moralista, que ha contado la solicitud que mostraba su padre para que el estudio pareciera á su hijo fácil y atractivo, y en el colegio de Burdeos fueron sus maestros los más grandes eruditos de entonces que se consagraban á la infancia; Muret, Elie, Vernet, Buchanan, que venía de Escocia, y Gouveau, que venía de Portugal.

Después de trazar el cuadro de la infancia de Montaigne, M. Guizot examina sus ideas, las que él llama la *Institución de los niños*, que resume en la educación y no en la instrucción, que no es más que un medio para llegar á aquel fin; él no quería que el niño aprendiera para brillar, sino para vivir, á pensar, á ser hombre; su método era seguir la naturaleza, no imponer á los niños el conocimiento teórico y deducido de los resultados sobre que se fijan los hombres, sino acechar el feliz momento en que se despiertan las facultades nacientes y favorecen su desarrollo.

Se le han dirigido algunos reproches porque llevó el temor del pedantismo hasta la desconfianza de la sabiduría, á fuerza de atender á la naturaleza desde la edad más tierna; pero la fecundidad de su espíritu fué inagotable sobre este tema, que inspiró á Locke en Inglaterra y á Rousseau en Francia, para seguir sus huellas, aunque Rousseau en la educación del *Emilio* se elevó á concepciones más sublimes que Montaigne, pero el origen de sus ideas sobre la educación ejerció suma influencia sobre los que se consagraron después á desarrollar este pensamiento.

Se han observado en Montaigne dos tendencias marcadas de su espíritu, y muy distintas la una de la otra; la del observador de los hechos, cuando su instinto crítico va hasta el fondo de las cosas con juicio firme y seguro, porque las vé en

su realidad verdadera y las estima en su justo valor. Pero éste observador tan penetrante, que posee la razón más libre y audaz, rebelde á toda vana apariencia, al sondar su pensamiento, al medir la diferencia entre las cosas que le rodean y los sentimientos y las impresiones que hacen nacer en su espíritu, entonces vacila, duda y no se reconoce en él al juez severo, desprendido de toda prevención, temeroso sin duda de emancipar demasiado la razón, porque suplica á sus contemporáneos y á sus lectores que tengan mucho cuidado, y que estén en guardia para no incurrir en este error.

Se ha acusado á Montaigne que, habiendo sido él mismo su propio historiador, olvidara en sus *Ensayos* la época de su vida en que fué magistrado. Balzac, en el siglo XVII, le dirigió este reproche, suponiendo que la ostentación de la toga podía amenguar el brillo de sus blasones, porque en la antigua Francia la nobleza desdeñaba á la magistratura. Pero leyendo con atención sus *Ensayos*, se vé claramente que tomó por asunto de su libro su vida interior y privada y no su vida pública. El no habla, sino muy ligeramente, de la corte y de sus diversas funciones en el Estado, porque vivió, sobre todo, en el seno del hogar, entre sus libros, su familia y sus vecinos, en su pequeño hotel de San Miguel.

El doctor Mr. Payen es el hombre que ha estudiado largos años los *Ensayos* y la vida de su autor hasta en sus últimos detalles. Montaigne hizo varias ediciones de su obra, á cada una de ellas añadió nuevas notas, y hasta un libro entero; y en sus adiciones abundan las observaciones más tímidas, limitando el horizonte de sus primeros pensamientos, dictados por un excepticismo que vá en aumento.

Considerado bajo este aspecto, ha merecido severas censuras, porque en el retrato que él hizo de su propio carácter fué ajeno á la adulación, y se debe reconocer que tuvo al menos el mérito de la franqueza; se encuentran en él consejos excelentes para la dirección de los negocios domésticos, para administrar su fortuna, y minuciosas recomendaciones para la conservación de la salud; pero su moral carecía de la grandeza y de la elevación de alma, de la generosidad, del sentimiento verdaderamente cristiano, por más que declaró muchas veces que era católico, pero tuvo cuidado de dar á entender que lo era con el fin de que se le dejara vivir en paz, por ser más cómodo y prudente permanecer en la fé en que se ha nacido. En política encontraba buenas todas las instituciones, mientras no se viera obligado á ocuparse de ellas. Este fué su razonamiento: «Los príncipes, decía, me dan mucho si ellos no me quitan nada, y me hacen bastante bien cuando ellos no me hacen ningún mal; es todo lo que yo pido.»

Montaigne exageró, sin duda, su sistema rechazando la ciencia y proclamando la impotencia de la razón. El quiso decir que debíamos seguir el impulso del instinto y del sentimiento, que es la regla suprema de todos los moralistas y filósofos que han desdeñado la autoridad de la razón.

No se debe negar que si el gusto es recto y los sentimientos son buenos, los hombres pueden ser honrados; y que existe en nosotros un sentimiento divino, un instinto, que es toda una revelación de nuestro destino y de nuestro origen, y que á pesar de la corrupción humana es como una Providencia que nos impulsa á ser los instrumentos de un bien que no habríamos buscado. Es un instinto, que á pesar de la ignorancia y de las preocupaciones, de todas las violencias y de las excitaciones del interés personal, ha sido bastante fuerte para mantener al mundo en la vía del progreso y libertarle del estado de barbarie de que es verdaderamente milagroso que haya podido salir, y son muy revelantes los ejemplos que nos ofrece la historia de seres privilegiados, de héroes famosos que, impulsados por un sentimiento sublime, han realizado las acciones más gloriosas y han contribuido á emancipar á la desventurada humanidad de odiosas y seculares servidumbres.

Pero el mal puede ser inspirado también por un sentimiento malo, y el vicio mismo puede ser un instinto ciego que no sabe dónde va, si otras facultades no le advierten, para no caer en sus más perniciosos errores, que tiene la necesidad de ser esclarecido por la razón. ¿Qué es, después de todo, un buen sentimiento, sino el que es conforme á la razón, y un sentimiento malo el que la razón condena? Hay circunstancias excepcionales en que la razón es el auxiliar del egoísmo y el sentimiento inspira la abnegación; y los grandes sacrificios por la familia, por las personas queridas, por la patria y por la humanidad.

Pero el moralista debe exigir que el hombre no sea malo, sino bueno, y Montaigne, que era un hombre naturalmente bueno, conducido por su sistema exceptivo, bien que él se haya mostrado muy adherido á alguno de sus amigos, no quería ser molestado por los otros, y no era un hombre á quien se pidiera voluntariamente un servicio: «Yo tengo bastante que hacer en consolarme á mí mismo sin tener que consolar á otro; yo tengo bastantes pensamientos en mi cabeza para que las circunstancias me traigan otros nuevos. Mis amigos me importunan extraordinariamente cuando ellos pretenden que los recomiendo á una tercera persona. No es preciso que exijan de mí un negocio ó un cuidado, porque yo declaro guerra á muerte á todo cuidado.» Estas son sus máximas. No había que esperar sacrificio ni abnegación de

un hombre que no tenía más que una sola preocupación; la de emanciparse de toda inquietud. Y añade: «El deliberar sobre las cosas más ligeras me importuna; prefiero resolverme á aceptar cualquier partido. Pocas pasiones me han turbado el sueño, pero la menor deliberación me turba.»

La moral no fué á los ojos de Montaigne más que el arte de ser feliz; mil pasajes de su libro nos revelan todo su egoísmo.

Montaigne reemplazó á su padre en el Parlamento de Burdeos, después de muchas vicisitudes y peripecias, que debieron disgustarle de la magistratura.

El Parlamento de Burdeos se distinguió por su espíritu turbulento, y Montaigne se encontró colocado en medio de pasiones personales y vanidosas, contra las que luchó su carácter franco y vehemente, y en sus *Ensayos* resaltan diseminadas severas censuras contra las corruptelas de los magistrados.

Ya era un juez que, después de haberse pronunciado contra el adulterio, toma el resto del papel sobre el cual ha escrito su sentencia, «para escribir una carta amorosa á la mujer de su colega,» y de hacerse culpable á su vez del crimen que acaba de condenar; «de un áspero conflicto entre dos personas, otro magistrado ponía al margen de su libro *Cuestión para el amigo*, reservándose así de favorecer á una de las partes,» y Montaigne le aconseja irónicamente de poner en cada página la misma observación; tanto los jueces de su tiempo «acomodan todas las causas á su gusto.» En suma, según su opinión, «un villano tráfico se ejerce con el honroso título de justicia. Quiso muchas veces renunciar á su buen derecho y de hacerse una evidente injusticia para huir la casualidad de recibirla peor de los jueces, después de un siglo de viles prácticas; los gastos de los procesos le indignaban; él no comprendía que las sentencias se dieran por dinero y que la justicia, como una mercancía, fuera rehusada á quien no podía pagarla.»

Son tantos y tan diversos los abusos que combate, que parece un reformador radical. «¿Qué de más salvaje, dice, que una nación en la que el cargo de juzgar se vende?» Montaigne fué más justo que Montesquieu, que en vano trató de demostrar que la venalidad de los oficios convenía á un Estado monárquico. Montesquieu abogaba *pro domo sua*, porque también fué magistrado. Ha sido preciso que pasaran dos siglos para que fuera corregido este vicio señalado por Montaigne.

Los reyes apelaron á este medio vergonzoso para llenar su Tesoro vacío, y los tribunales que ofrecían más plata eran los favorecidos en sus pretensiones, por ilegítimas é ineficaces que aparecieran.

Montaigne, no sólo combatió la magistratura de su tiempo, sino las leyes. Se mostró tan descontento de ellas, como de los que las aplicaban. Las leyes eran muy numerosas; las combinaciones de su aplicación variaban hasta lo infinito, y se pretendería en vano fijarlas todas.

No se quejó solamente del número de las leyes, sino que su aplicación fuese además embarazada por el empleo de una lengua muerta y extraña á la inmensa mayoría de los ciudadanos, como lo era la lengua latina.

«¿Qué cosa puede ser más extraña, dice, que de ver un pueblo adherido en todos sus negocios domésticos, casamientos, donaciones, testamentos, ventas y compras, á reglas que él no puede saber, no siendo escritas ni publicadas en su lengua, y de las que, por necesidad, se vé obligado á comprar la interpretación y el uso?»

«Añade á esto, que aún en francés, los hombres de ley tienen un lenguaje ininteligible de frases solemnes, de cláusulas artísticas, que es infinito el número de doctores que aplican tan numerosas leyes; y añade, en fin, á la multitud de las leyes y comentarios, el conflicto de las jurisdicciones diversas; «y esta licencia, que mancha maravillosamente la ceremoniosa autoridad y el lustre de la justicia, de no detenerse en las sentencias y correr de unos á otros jueces para decidir de una misma causa.»

Los reproches dirigidos por Montaigne al conjunto de las leyes de su tiempo, se fijaron especialmente en las leyes penales y en las leyes civiles.

Las primeras le indignaban por ser muy crueles: «yo soy, decía, de una maravillosa cobardía hacia la misericordia y la mansedumbre,» revela que la idea del suplicio le turbaba con frecuencia en su asiento de magistrado, cuando se presentaba delante de él un acusado amenazado de una sentencia capital.

Tomás Morus, dos siglos antes que Beccaria, había condenado la pena de muerte. «Cuando la ocasión, dice Montaigne, me ha convidado á las condenaciones criminales, yo he faltado más bien á la primera... el horror del primer asesinato me ha hecho temer un segundo, y la enormidad de la crueldad me ha hecho aborrecer toda imitación. ¡Todavía si la justicia tuviera la seguridad de no herir más que á los culpables! ¡Pero cuántos inocentes hemos descubierto que han sido castigados? ¿Y cuántos que no los hemos descubiertos?»

Montaigne califica de inhumanos excesos la tortura, los tormentos, el extremo de la injusticia contra los que ha dirigido los primeros y más rudos ataques; ¿qué no se diría, qué no se haría para huir á tan graves dolores? El sufrimiento impulsa á mentir al mismo que no es culpable; de lo que resulta que el juez, habiéndole torturado para no

hacerle morir inocente, le hace morir inocente y torturado.»

Estas reclamaciones humanas enaltecen la memoria de Montaigne, que se adelantó a su época, y trascurrieron dos siglos antes de vencer y de cambiar las leyes.

Uno de los crímenes más horribles de aquel tiempo, era la condenación a muerte de los hechiceros, que eran quemados en las hogueras.

La superstición era tan universal, que hombres tan ilustrados como Bodin, Ambrosio Paré, Lutero, como Calvino, siendo tan reformadores creían en los sortilegios y tenían a los hechiceros por demonios encarnados, y querían que se les aplicase el último suplicio.

El Parlamento de Burdeos obedecía a la superstición cruel profundamente arraigada en el país, y hasta en el año 1718 ordenó que un hechicero fuera quemado. Rivalizaba con el Parlamento de Tolosa en su odio contra la Reforma, y perseguía, a los que juzgaba herejes, con el más feroz encarnizamiento.

Montaigne no era de la opinión de sus colegas, y se separaba ciertamente de sus sentencias, defendía la tolerancia religiosa, manifestando que por conjeturas era demasiado cruel quemar a un hombre todo vivo. La incertidumbre de las opiniones y el amor de la paz, influían en su juicio, pero aunque proclamara la tolerancia impulsado por el escepticismo, prestaba un servicio a la humanidad, y tuvo el valor de negar su voto a tan bárbaras iniquidades, y otros que dudaban como él, no se atrevieron a seguir su animoso ejemplo.

A pesar de que Montaigne no sufrió ninguna injusticia por parte de su padre, combatió en principio el poder paternal, fuertemente constituido por la ley romana, sobre todo en la Guyenna.

El hijo casado, padre de familia, y aunque fuera magistrado, permanecía bajo la autoridad paterna.

Montaigne quería que el padre no pudiera retener todos sus bienes, y no dejar a sus hijos sino la elección entre la dependencia y la miseria. Parece que duda del derecho de testar, a lo menos lo limita en nombre del interés social y del derecho de los hijos; él acuerda solamente al testador alguna libertad más allá de las reglas que la ley establece para la partición de las sucesiones *ab intestato*. El condena sobre todo las instituciones y el derecho de primogenitura.

Montaigne hizo un triste cuadro de los hermanos segundos, que en la Gascuña se convertían en ladrones de hábito y de profesión, porque sabiendo de antemano que iban a ser desheredados en beneficio de los primogénitos, se lanzaban desde luego en una vida de aventuras y de desórdenes, y Montaigne hacia recaer sobre sus padres la responsabilidad de su vergüenza.

También el matrimonio fué objeto de sus críticas, «hemos pensado, dice, hacer más firme este nudo, por haber quitado todo medio de disolverle. Pero tanto se ha relajado el vínculo de la afección y de la voluntad, como el de la compresión es más fuerte; al contrario de lo que conservó el honor y la seguridad de los casamientos en Roma tan largo tiempo, que fué la libertad de romperlos el que quería.»

Montaigne ostentó la independencia de su carácter, al juzgar las leyes de su tiempo, pero incurrió en graves contradicciones, porque después de haber ejercido su razón sobre estas materias, pide a sus contemporáneos que no crean a la razón en materia de ley, sino a la costumbre justa ó injusta, a la costumbre antigua ó inmóvil. Porque había visto disminuir mil desgracias de las innovaciones, él decide y declara que nada de nuevo puede ser mejor que lo antiguo. El hizo muchas críticas, y no quiere que nadie las haga. Así su espíritu está combatido por dos tendencias, la de censurar todas las leyes y la de conservarlas por escepticismo, el que dominó en último análisis en su obra.

No hay que esperar que a través de este caos de leyes y de reglas confusas deduzca un principio que pertenezca a la ley natural. El se ríe de todos los filósofos y de todos los jurisconsultos, que querían establecer sobre un fondo de equidad común y eterna todas las leyes diversas que necesita la sociedad.

Montaigne, de su propia confesión, se detiene en la corteza primera de las ciencias, lo que Renan ha llamado tan espiritualmente el *pedantismo de la ligereza*.

El juicio del primer labriego que pasa, le parece preferible al de los mejores espíritus, y juzga la ley natural tan perdida después de largo tiempo en los desórdenes de la razón, que él suprimiría voluntariamente todas las leyes.

Todos los argumentos críticos de Montaigne contra las leyes escritas, se repitieron en el siglo XVIII; pero los filósofos de entonces no le conceden su negación de la ley natural. Voltaire y Rousseau reivindicaron para el hombre los derechos que le pertenecen, no a causa de costumbres ó de tradiciones diferentes, sino por ser hombre, y porque sus derechos nacen con él; y el escepticismo de Montaigne ha sido contrabalanceado por una creencia generosa, por lo que hay de más cristiano y de más filosófico en las ideas modernas, que dan por base a las leyes el conocimiento más general y el respeto más profundo de la naturaleza humana.

EUSEBIO ASQUERINO.

CIENCIA Y ARTE.

Las formaciones artísticas, capaces de promover esas emociones, han recibido también, además de *emocionales ó liberales*, la calificación de *bellas artes*, y los individuos que a ellas se dedican, son conocidos con el nombre especial de *artistas*.

Se llaman *liberales* esas aplicaciones porque los artistas que se dedican a ellas no se sujetan a copiar servilmente los fenómenos naturales que tratan de reproducir; sino que se toman la *libertad* de mejorarlos, según les dictan sus inspiraciones, y de idealizarlos en consonancia con las emociones que tratan de promover en los que perciben sus producciones; contándose, entre las principales de esas emociones, la satisfacción, la alegría, la admiración, la ternura, etc., entre las placenteras; y la compasión, la tristeza, el asombro, el horror y otras, entre las dolorosas. Reciben también la denominación de *bellas*, porque su objetivo le forma la *belleza* que resulta de la armonía que la variedad de los detalles forma con la unidad del conjunto artístico.

Mas no todos los que se dedican a esos trabajos artísticos son capaces de promover en igual grado esas emociones; lo mismo que hemos dicho respecto de los que poseen un genio inventivo en las artes mecánicas, puede decirse de los que están dotados de un *genio artístico* en las artes liberales; es decir, que son muy pocos los que le poseen, y que los grandes artistas sólo aparecen muy de tarde en tarde, al cabo de años ó de siglos. La colección de reglas para esas aplicaciones constituye la *estética*.

Para ser verdadero artista se necesita *inspiración*; esto es, que en su trabajo, que al fin es mecánico, pueda la mente del artista pasar de lo real a lo ideal de manera que sus obras desarrollen, en los que experimentan emociones, vehementes deseos de ver realizadas esas idealidades, cuando las emociones que ellas producen son agradables, ó de rechazarlas en los casos contrarios; de manera que el mérito de esas obras artísticas se gradúa por la intensidad de las emociones que promueven en los que las contemplan.

El célebre historiador Cesar Cantú dice, que el amor a lo bello es como una inspiración del hombre hacia su primitivo estado, en que había salido perfecto de la mano de Dios. «Disgustado, añade, con el espectáculo de las presentes imperfecciones, siente la capacidad de un estado mejor, que ha debido gozar en algún tiempo, puesto que lo concibe, y al cual ha de llegar, pues tiene una inspiración de ello; buscando entretanto un refugio en la fantasía, creando un mundo mejor, una poesía, que es al mismo tiempo reminiscencia y presentimiento.»

Eso quiere decir para nosotros, que la inspiración artística proviene de la facultad especial que, en algunos organismos privilegiados, posee naturalmente el fluido anímico de extender, a favor de la velocidad aumentada de sus movimientos, los grados de conciencia individual pasada ó futura, hasta vislumbrar fenómenos que la generalidad de los individuos no puede por sí alcanzar; lo que prueba una vez más la verdad de la existencia del fluido anímico, como productor, con sus movimientos, de los fenómenos conscientes, y de la del monismo dinámico fenomenal, como sistema filosófico.

Las impresiones exteriores, producidas en nuestros sentidos por las bellas artes, son principalmente transmitidas al sensorio por el oído y la vista. Las más notables de las transmitidas por el oído están constituidas por los *sonidos musicales*; producto como sabemos, de una combinación de las vibraciones del aire atmosférico, sean promovidas por la voz humana, sean por instrumentos apropiados.

Entre las transmitidas por la vista, las más comunes son: la *pintura*, resultante de la mezcla de varios colores, que hacen concebir las formas de los seres y sus situaciones con respecto a los que les rodean, representadas por el artista en las diversas actitudes de quietud y de movimiento; por la *escultura*, que representa los bustos de los seres; por la *arquitectura*, que manifiesta la construcción y ornamentación de los edificios, puentes, etc. La *poesía*, la *oratoria* y la *declamación* deben ser calificadas de mixtas; porque entran por los oídos en forma de sonidos, y por la vista leídas ó recitadas por su parte mímica. A estas emociones puede agregarse las transmitidas por el olfato, el gusto, y las proporcionadas por el tacto, que no son a veces las menos importantes.

Las artes liberales no solo proporcionan gozos al hombre constituido en miembro social dulcificando sus pesares, calmando sus dolores y distrayéndole en sus trabajos, sino que contribuyen también poderosamente a suavizar su carácter, moralizar sus costumbres y facilitarle de esa manera el acceso al término de sus aspiraciones de felicidad, con lo que damos fin a todo lo relacionado con el arte.

Resumiendo en globo cuanto hemos escrito en las dos secciones de este estudio, resulta, en consecuencia, que en la sección primera hemos dado a conocer al hombre, cuya inteligencia forma el subjetivo de la filosofía, siendo su objetivo las verdades demostradas; estudio que nos ha dado a conocerle, como organismo viviente, tanto en la parte de procedencia etérea, cuyas evoluciones dinámicas fatales dan lugar a la presentación de los fe-

nómenos inconscientes, como en la formada por el fluido anímico, que dá origen a la inteligencia consciente; y que la sección segunda nos ha hecho descubrir los medios *verdaderos* que ese mismo hombre debe emplear para llegar al término de sus aspiraciones de felicidad, por medio de las aplicaciones prácticas de los principios ó verdades, demostradas científicamente. Este estudio comprende, pues, en primer lugar, la explicación de la inteligencia humana, y en segundo la manera de descubrir las verdades a que esa inteligencia puede alcanzar, abrazando, a la vez, el sujeto y el objetivo de la filosofía, es decir, la filosofía en conjunto.

Parece, pues, que aquí deberíamos concluir este escrito, y le concluiríamos efectivamente si no conceptuáramos convenientemente ampliar lo que hemos dejado consignado acerca de las aspiraciones de felicidad que la humanidad entera manifiesta constantemente.

IX

Hemos dicho que, a pesar de poner en práctica cuantos medios hemos expuesto en los párrafos anteriores, no puede el hombre conseguir en este planeta sino una felicidad temporal y relativa; pero que las diferentes iglesias prometen a sus respectivos creyentes otra felicidad absoluta y eterna, después de su muerte, si cumplen en vida lo que les aconsejan los sacerdotes de cada una de ellas. Nos dedicaremos, pues, a continuación, a exponer lo que nuestro criterio lógico nos inspira acerca de cada una de esas felicidades.

Que la felicidad a que el hombre puede aspirar en el planeta *Tierra* no debe ser sino pasajera, porque tan sólo puede durar lo que dura el proceso vital del organismo humano—duración que a todo tirar no pasa de unas cuantas docenas de años, por constituir una excepción el individuo que llega a la centena—y que esa felicidad tampoco puede ser sino relativa, porque nada hay absoluto en el mismo planeta, no hay nadie que lo ignore; por lo que pasaremos a tratar acerca de la felicidad absoluta y eterna, prometida por las diferentes Iglesias a sus respectivos creyentes para después de su muerte.

Sabemos que la parte etérea del organismo humano se descompone al poco tiempo de ocurrir la muerte de un individuo de la misma especie, desprendiéndose los diferentes elementos que en la vida formaban sus tejidos y órganos; los cuales se dirigen entonces cada cual por su lado, a concurrir a la formación de nuevos seres, ó formar parte de otros ya existentes, cuyos movimientos moleculares les son afines; mas nada sabemos acerca de lo que sucede entonces con el fluido imponderable que en vida animaba a ese organismo; el cual, aunque es eterno como materia, no lo es bajo la forma que en aquel momento supremo de la desorganización del resto del organismo tenía; pues todo ser material varía continuamente de formas, según se compriman ó dilaten sus moléculas por efecto de las presiones que reciben; y el fluido anímico, al librarse de las presiones que experimentaba dentro del cerebro del organismo que animaba, deberá sufrir otras nuevas; las cuales así pudieran permitirle su dilatación, hasta poder ejercer movimientos que produjeran una conciencia individual más extensa de la que poseía en vida del organismo de que formaba parte, como condensarse hasta el grado etéreo ú otro inferior, perdiendo entonces la facultad de producir fenómenos conscientes que antes poseía; en cuyo caso ya se sabe que la felicidad que sus movimientos evolutivos pudieran proporcionarse nada tendría de absoluta ni eterna.

Mas en ese caso, *podrá objetarnos cualquiera*, la inteligencia suprema, suponiendo que no existe más que una sola fenomenal cual lo son todas, como producidas por movimientos de seres materiales, tampoco conservará *eternamente* su personalidad ó su *yo* mental, porque la materia elemental primitiva, cuyos movimientos atómicos la producen y sostienen, deberá también condensarse, ya que no dilatarse, y por consiguiente variar de formas, verificándose, en consecuencia, cambios notables en su fenómeno terminal.

A lo que contestaremos, diciendo: que las condensaciones de mayor ó menor número de átomos de los que componen la materia elemental primitiva, no pueden atentar en lo más mínimo a la eternidad de la inteligencia suprema, como lo demuestra el ejemplo de lo que sucede diariamente con la parte etérea del organismo humano.

Pocos hay que no sepan que esa parte de nuestro organismo se desprende constantemente de muchas moléculas, que son reemplazadas enseguida por otras similares, que proporciona, continuamente, la sustancia nutritiva extraída de los alimentos; moléculas que, al agregarse al organismo, toman la misma forma de aquellas a quienes sustituyen hasta en sus imperfecciones. Una cicatriz, por ejemplo, que exista en alguna parte del cuerpo, conserva siempre la misma forma, a pesar de que, según aseguran los fisiólogos, al cabo de siete años se renuevan todos los elementos de que se compone el organismo, no quedando ya en él ni una sola molécula de las que le componían antes de esa época, conservándose, sin embargo, el mismo conjunto ó sea el *yo* orgánico, sin variación alguna en su funcionalidad.

Eso mismo debe suceder, pues, con la materia primitiva, productora, con sus movimientos fenomenales, de la inteligencia suprema. Algunos áto-

mos de ella, en mayor ó menor número, porque eso no lo podemos graduar nosotros, irán también desprendiéndose constantemente y condensándose para formar nuevos seres, pero serán inmediatamente reemplazados por otros, que antes se hallaban comprimidos y se van desprendiendo de otros seres, enrareciéndose sus moléculas hasta convertirse en átomos y contribuyendo á la continuación de los movimientos del conjunto de la materia primitiva, sin que ella ni los fenómenos intelectuales cuya presentación da lugar, experimenten alteración alguna.

Existiendo, pues, una inteligencia suprema eterna, ella debe abrazar, en conjunto, todas las series completas de la conciencia individual, y el ser que posee esa inteligencia, siguiendo en la hipótesis de que sea uno solo, pues nosotros no lo podemos afirmar, puede ejercer gran influjo sobre todos los demás seres del universo, incluso el hombre; puesto que la inteligencia humana, á pesar de ser tan limitada, la ejerce también sobre otros seres inferiores á ella, aun dentro de su misma especie. Nada tendría, pues, de extraño, que la voluntad del hombre, conservándose el fluido anímico en su mismo estado anterior durante más ó menos tiempo, respondiera de los actos ejecutados en vida del organismo que animaba ante ese Ser Supremo y eterno conocido con el nombre de Dios; mas aun en ese caso, ese estado del fluido anímico no podía ser sino pasajero, y, por consiguiente, el premio ó castigo que se le impusiera jamás podría ser eterno. La felicidad absoluta y eterna prometida por las diferentes Iglesias á sus respectivos creyentes no podemos, pues, demostrarla científicamente, y, por consiguiente, nuestro criterio no puede aceptarla como verdadera.

Lo que sí podemos afirmar es que el principal medio que puede emplear el hombre para obtener su felicidad, cualquiera que ella sea, consiste en practicar constantemente los principios del bien y de la justicia, comprendidos en la conciencia moral, cuya práctica, no interrumpida, forma la moralidad de las costumbres en las sociedades, y en los individuos la virtud; porque los demás medios recomendados por las Iglesias con ese objeto, como la circuncisión, el bautismo, la confesión, los sacrificios, las ofrendas, los ayunos, la privación de ciertos alimentos, del vino, etc., no pueden compararse con la virtud.

Además, la felicidad eterna que prometen las Iglesias se halla limitada tan sólo á sus respectivos creyentes; siendo también diferente en cada una de ellas esa misma felicidad, como lo prueba, por ejemplo, la comparación entre el cielo espiritual de los cristianos, habitado por ángeles inocentes y puros, y el Paraíso de Mahoma, donde aguardan á los elegidos bellísimas huries, dispuestas á proporcionarles toda especie de goces sensuales.

La felicidad, así como los castigos prometidos por los sacerdotes para después de la muerte de los individuos de la especie humana, con arreglo á sus merecimientos durante su proceso vital, no aparecen, pues, ni absolutos ni eternos.

Por tanto, no ocurriéndonos, por ahora, nada que añadir á lo que tenemos ya expuesto, damos aquí fin á este estudio, estableciendo, en conclusión, que la ciencia y el arte se encuentran tan íntimamente enlazadas entre sí, que consideradas en sus relaciones con la humanidad, forman un todo armónico, resultante de la actividad funcional ó dinámica de cada una de las partes, tanto de procedencia etérea como de origen anímico que concurren á la formación del conjunto orgánico que constituye al hombre; único entre los seres existentes en este planeta, capaz, por la inteligencia que posee, de dedicarse á la investigación de las verdades científicas, y sus aplicaciones artísticas, comprendidas dentro de la filosofía, origen de todos los conocimientos humanos.

ANTONIO ARRUTI.

INSTITUCIONES DE CRÉDITO.

Conferencia celebrada en el Círculo de la Unión Mercantil el 7 de Enero de 1882

Señores: Un mérito tiene el anuncio de esta conferencia: la oportunidad; circunstancia que basta para recomendarla á vuestra consideración. Soleis llevar la indulgencia hasta el extremo; conmigo la habeis tenido más de una vez, y espero que en esta ocasión no habreis de faltar á las tradiciones de la casa.

Entro en materia, y empiezo, antes de daros algunas explicaciones sobre lo que son las instituciones de crédito, por deciros cuál es el concepto del crédito. Mucho se ha escrito, mucho se ha discurrecido sobre lo que el crédito es en sí. Hay quienes suponen que el crédito equivale al capital, ó que lo reemplaza y tiene una virtualidad propia, que, independientemente del capital, le permitiría allanar las montañas dejándolas al nivel de los valles. El crédito no es más que el medio, la manera de poner en activa circulación el capital. El que dispone de esa poderosa palanca, que lo es en realidad por el movimiento que imprime al capital en sus evoluciones, aumenta el poder de producción, y se encuentra en condiciones de realizar las más colosales empresas; pero el crédito no es más, ni menos, que el anticipo de un servicio por otro que se habrá de prestar: me explicaré.

El crédito tiene una cualidad que le da el nombre que lleva: la confianza; y no es, sin embargo, esta su propiedad esencial. Lo esencial del crédito está en el aprovechamiento del caudal ajeno, en el uso que se hace del capital, que á otro pertenece. Existe el crédito siempre que se anticipa en el tiempo un servicio, á cambio del cual se ha de prestar otro servicio después. En el orden económico lo más frecuente es el cambio de servicios: cuando esos servicios son sucesivos, y lo son en el mayor número de casos; cuando se presta primeramente uno y se recibe después otro en cambio, el que se aprovecha de una de las prestaciones ó factores del cambio, antes de dar la equivalencia, recibe crédito, si de esta manera podemos expresarnos. De ahí el que la confianza sea un accidente, hasta cierto punto, una condición para hablar con más propiedad. El hecho de utilizar cantidades ó cosas que á otro pertenecen, constituye la esencia del fenómeno económico, denominado crédito.

El crédito, por lo mismo que facilita el uso del capital que á otro pertenece, ó el aprovechamiento de servicios que otro presta, antes de que se complete y última la operación ó acto económico del cambio, permite desarrollar en gran escala los medios de producción. Por eso el crédito ejerce una poderosa influencia sobre la producción en general. El capital no se encuentra siempre en manos azeadas al trabajo ó en poder de hombres dedicados á la especulación; el capital, de ordinario, se encuentra á disposición de aquellos que no han menester devanarse mucho los sesos para realizar el gran problema de la vida. El que dispone de medios suficientes suele conformarse con asegurar una renta, y para esto necesita que otro maneje el capital: de ahí que el capitalista, de ordinario, facilite su capital á los que lo utilizan destinándolo á la producción. Pues bien; el que entrega su capital al comerciante, al fabricante, al hombre que ha de sacar provecho del uso de ese capital, sin recibir en el acto cantidades equivalentes, pero á condición de recibir las más tarde, cede uno de los factores de la producción: el tiempo. Si no mediara este elemento, no existiría la operación de crédito.

Esa facilidad de anticipar el uso ó aprovechamiento de capitales ajenos, ó de servicios, que han de tener su remuneración dentro de un plazo más ó menos largo, multiplica los medios de producción, por una razón sencillísima. El que no dispone de su capital, ó no lo utiliza directamente, al ponerlo á disposición de un tercero dá medios á este para que aumente la producción y fomente el desarrollo de la riqueza pública. No es precisamente la confianza un agente misterioso que produzca tales medios; es el capital mismo, que pasa de manos improductivas á otras que lo utilizan en la industria ó en el comercio.

Por eso os decía que la confianza no es la esencia del crédito. Se necesita confianza para que haya anticipo de un servicio; para que el capital quede á disposición de un tercero; pero la entrega misma del capital á un tercero, en la confianza de que habrá de restituirlo después, es lo que constituye la esencia del fenómeno económico.

Como ofrece diversidad de manifestaciones y en el desenvolvimiento de los fenómenos económicos toma múltiples aspectos el crédito, se desarrolla la producción, gracias al crédito, porque circula con suma rapidez el capital; parece que no cesa un instante, en la sucesión de sus transformaciones, de cooperar al desarrollo de la producción.

Las arcas del comerciante están vacías; las de los Bancos también, hasta cierto punto; las Sociedades no disponen sino de papel, y sin embargo, se despierta de tal modo la actividad industrial y comercial, y es tanto el aumento de riqueza, que pone espanto en el ánimo.

Apenas se comprende cómo en la Gran Bretaña, que tiene un escaso capital en moneda, circulan tanto los signos representativos de la moneda. Se tomará por una burla el decir que acaso los españoles tenemos mayor cantidad en metálico que los ingleses, y, sin embargo, esta es la verdad. Allí el capital toma proporciones colosales. Los cambios llegan á cifras que apenas se pueden contar; y no es que se hagan milagros sin capital, porque la producción sin el auxilio del capital tropieza siempre con enormes dificultades. Existen allí grandes facilidades para la circulación; está muy bien organizado el crédito, y apenas descansa el capital, y se multiplica de una manera pasmosa.

Figuráos que un fabricante entrega sus productos á un comerciante en grande escala, y que no recibe el precio, porque vende á plazo, sino una letra de cambio, que inmediatamente descuenta, aprovechándose de aquel capital, que al día siguiente destina á la producción. La producción no ha cesado ni un momento, y el comprador de aquellos productos los enajena inmediatamente á otro, que los traslada á un lugar distante, y dá otra letra de cambio, que igualmente se descuenta; y ese nuevo comerciante los vende á un tercero, que paga en la misma forma; de todo lo cual resulta que aquí no hay más que un producto, una cosa, que pasa de mano en mano, una verdadera riqueza, que dá origen á la expedición de diversas letras de cambio, que se descuentan rápidamente, y en cuya virtud los intermediarios, que compran y venden el producto, se aprovechan del valor que la mercancía representa. Parece como que se multiplica el capital y que adquiere doble fuerza. Sin

embargo, no hay nada de esto. El capital es el mismo, pero circula con gran rapidez y en todas partes deja utilidad.

Hay en esto, señores, algo de parecido á lo que acontece con un foco de luz, manejado por una persona diestra, que lo agita con violencia. No hay más que una luz, ó foco, con el cual se describe un verdadero círculo luminoso; al paso que ese mismo foco de luz, en la mano temblorosa de una pobre vieja, queda reducido al opaco resplandor de una candelilla.

Esta es la diferencia que hay entre la riqueza que se estanca ó paraliza, y el capital que circula rápidamente, merced á las operaciones de crédito. Pasa de mano en mano, va de un punto á otro, dejando el rastro de los beneficios que produce, y aumentando la riqueza del país, á diferencia de lo que acontece cuando las operaciones se hacen con capital propio y sin recurrir al crédito. Entonces se cuida de tener la caja llena, esperando cualquier acontecimiento, ó temiendo que sobrevenga algún contratiempo. Cuando no se hace uso del crédito, queda una gran cantidad de capital inactivo, que nada produce.

Hay quien necesita capital para dedicarse al trabajo; pero la conjunción entre el capital y el trabajador no se realiza. Existe capital, y hay trabajadores necesitados de capital, pero no hay producción. La conjunción se realiza merced á las funciones del crédito; mediante el traspaso del capital de manos de aquel que lo tiene á manos del que lo necesita.

El crédito surte en el orden económico otro efecto, que es de mayor trascendencia todavía por los resultados á que dá origen, que el impulso mismo comunicado á la producción: me refiero á la influencia que ejerce en los precios. Cuando el capital circula con rapidez, por efecto de las operaciones de crédito que se suceden las unas á las otras, acontece que son muchos los que se encuentran en condiciones de comprar, haciéndose recíprocamente competencia.

Cuando el capital no circula, cada cual opera con sus propios recursos. El que tiene cien duros es un comprador por la cantidad de cien duros; pero, cuando esa cantidad circula de mano en mano, y hoy se descuenta una letra, y mañana otra, y va en forma de productos de uno á otro comerciante, entonces no es ya solo el poseedor de los cien duros el que se encuentra en condiciones de comprar. Son dos, tres, cuatro, cinco, ó tal vez un número mayor de compradores; y como vosotros sabéis que el precio de las cosas depende de las relaciones que existen entre la oferta y la demanda, y como aumentando mucho el número de compradores aumentan por necesidad los precios, de ahí el que la rapidez en la circulación, ó el desarrollo del crédito, produzca necesariamente un aumento considerable en los precios. Esto tiene su compensación en que el crédito dá también facilidades para la producción; y de igual manera que aumenta el número de compradores, crece el de productores, que ofrecen mercancías en la plaza.

Este es un fenómeno, sobre el cual llamo vuestra atención, porque la causa original, el principio determinante de esas grandes catástrofes industriales y mercantiles, que se repiten con cierta periodicidad en el curso de la historia, consiste en la honda perturbación que la súbita restricción del crédito introduce en las relaciones comerciales.

El crédito, como todas las fuerzas sociales, ó como todos los elementos que comunican y dan vida al desenvolvimiento de las fuerzas sociales, necesita una organización adecuada á su propia esencia. El crédito era de uso frecuente en las más antiguas sociedades; y no en su forma rudimentaria, sino organizado en Bancos, tuvo ya cierta importancia en Grecia y en Roma. La letra de cambio, que se consideró por mucho tiempo como una invención de los judíos de la Edad Media, fué conocida de griegos y romanos mucho antes, si bien hicieron gran uso de ella los judíos durante la Edad Media.

Era la organización de aquellos bancos incipiente; estaba en consonancia ó en armonía con el movimiento industrial y comercial de la época. Hoy que es grande el movimiento industrial y comercial, que el productor tiene necesidad de capitales, y que los grandes ahorros han de ser aplicados á la industria y al comercio para dar rendimiento al poseedor, la organización del crédito es más perfecta, sus formas son múltiples y variadas: hay indudablemente algo de extremadamente delicado en la organización del crédito, sin la cual no se explicaría, ni se comprendería, el desarrollo que ha tomado la riqueza en nuestros tiempos.

Los Bancos constituyen la forma del crédito más adecuada á las necesidades del comercio. Se constituyeron primeramente (me refiero á los primeros siglos de la edad moderna), para garantizar la ley de la moneda. En los siglos XV y XVI había llegado á ser muy difícil adquirir certeza de la ley de la moneda: para llegar á la certidumbre completa, se constituyeron Sociedades que recogían la moneda y daban certificados de depósito, billetes ó unos documentos en los cuales el Banco respondía de entregar al portador determinada cantidad de moneda de buena ley. Esos certificados ó billetes adquirieron en el mercado un valor superior al de la moneda corriente; porque respecto de la ley de los metales había siempre gran desconfianza; y no sucedía lo mismo con los billetes que expedían los Bancos.

A otra necesidad responden los bancos, dando seguridad al poseedor del dinero. Atesorar, soterrar metales acuñados, es un vicio de las sociedades atrasadas; las sociedades que han entrado en las vías de la civilización entregan sus caudales á la circulación, porque de esta manera se obtienen productos, á la vez que los capitales pueden quedar disponibles. Es además preferible tenerlos á disposición de un Banco ó de una Sociedad de crédito, porque allí se encuentra mayor seguridad. En esta parte, necesario es que contemos con las más extraordinarias sorpresas. Había en el siglo XVII, entre los comerciantes y capitalistas ingleses, la costumbre de llevar, para mayor seguridad, los capitales de alguna importancia á la Torre de Londres; creían que allí se encontraban más seguros que en ningún otra parte, hasta que un día se encontraron con que habían desaparecido de aquel depósito nada menos que 200.000 libras esterlinas. No creáis que este abuso se cometió en los turbulentos tiempos de Cromwell, ó que esa suma se destinó á las costosas empresas que acometió aquel célebre caudillo; no: quien atentó contra el sagrado derecho de propiedad fué Carlos I. La desconfianza cundió, y era natural que así sucediese, entre los capitalistas que depositaban sus caudales en la Torre de Londres, y desde entonces abandonaron aquel depósito, para llevar sus fondos á casas que les inspiraban mayor confianza.

Además de estas dos funciones que desempeñan los Bancos, hay otra, que en estos momentos es de la mayor importancia y trascendencia: la función del descuento. De esta manera facilitan la rapidez en la circulación de los capitales; aumentan los beneficios del crédito, poniendo al fabricante y al comerciante en condiciones fáciles de aprovecharse inmediatamente del capital real y efectivo que tienen, pero del cual no podrían disponer sino después de haber transcurrido algún tiempo. Por desgracia, esta necesidad del descuento, que es suprema en los modernos tiempos, sin la cual ni puede vivir holgadamente el comercio ni desarrollarse la industria, se encuentra harto desatendida, merced á privilegios, que valiera más que jamás se otorgaran ni se solicitasen. Los Bancos, por medio del descuento, facilitan al fabricante y al comerciante el aprovechamiento inmediato del valor de productos, cuyo precio habrían de recibir en día próximo ó lejano de manos del comprador. Esos descuentos, que constituyen hoy lo más característico de la organización del crédito, suelen llevar consigo el privilegio de la emisión de billetes al portador, con la prohibición de que otros Bancos ó Sociedades de crédito los emitan; ventaja inmensa, que da á quien la disfruta la facultad de disponer de un capital muy superior al real y efectivo que tenga en sus cajas. Con la confianza que el público deposita en esos Bancos, aumenta la circulación de los signos representativos de la moneda, con gran ventaja para todos, y muy especialmente para aquellos que emiten los billetes al portador.

No es ya tan solo el billete al portador, que algunos consideran como creación de la ley, siendo en realidad producto que nace espontáneamente de las entrañas mismas del crédito, el vehículo único para el transporte de los capitales en esa forma de título al portador. Al lado del billete, que satisface una gran necesidad de estos tiempos, aunque no en toda la extensión que podría alcanzar porque á los instrumentos de cambio corresponde utilizar todo el vigor moral, que encierran en sí las fuerzas sociales, y el billete al portador, representación nada más de la moneda acuñada, que en sí nada vale ó que no tiene más valor que el de la firma que lo autoriza, lejos de ser objeto de privilegios, debiera aquilatar en el crisol de la libre concurrencia; al lado, os digo, del billete al portador, existe el *check*, invención del pueblo comercial por excelencia, del pueblo británico, y que hoy satisface mejor que ningún otro instrumento de cambio la necesidad de que circule rápidamente el capital. La mayor parte del movimiento comercial en Inglaterra se hace por medio de *checks*.

Existe también la cuenta corriente, que hace gran competencia á los billetes al portador, por ser un medio que acelera la circulación de los capitales.

Todos estos medios ó instrumentos de circulación permiten que se lleve á cabo un número asombroso de operaciones, sin intervención de la moneda. Únicamente así se comprende el movimiento comercial del Clearing-house; movimiento de tal importancia, que no sería posible por medio del oro y de la plata.

Ese movimiento, que en los últimos años descendió algo por causas que no es del caso exponer, realizado en la plaza de Londres con letras y *checks*, en su mayor parte, asciende á la enorme suma de seiscientos mil millones de reales por año. El Clearing-house se compone hoy de doce casas de banca, las más poderosas de Londres, en donde se centralizan casi todas letras de cambio, los *checks* los extractos de cuentas, todos los signos de valores, que se cruzan entre las diversas casas de comercio, no sólo de Londres y de Inglaterra, sino del Reino Unido, porque los banqueros de provincia están en relación con esas doce casas, las cuales hacen entre sí los cambios con una pasmosa rapidez, reuniéndose un par de horas al día en el Clearing-house, donde se realizan las operaciones, sin intervención de los metales preciosos, limitándose á remitir al Banco de Inglaterra

ra nota de los saldos respectivos, que se trasladan á las cuentas de esas doce casas.

Este es el resultado del crédito, que tiene su más perfecta expresión en el Clearing-house de Londres, á cuya semejanza se han fundado establecimientos idénticos en New-York, en Bélgica, en Francia, en los pueblos más adelantados, aunque no llegaron en esas ricas poblaciones al grado de importancia que en Londres, donde se realizan con facilidad suma operaciones verdaderamente colosales.

Es de advertir que esos establecimientos tienen una organización respetada, pero no favorecida por la ley; no gozan de privilegios, como los concedidos á ciertos Bancos, obtenidos, es cierto, á cambio de favores, que ellos han dispensado á los Gobiernos. Hay, sin embargo, diferencias entre esos privilegios, que conviene hacer notar.

Al lado del Banco de Inglaterra existen grandes Bancos, que llegan en su conjunto á ser más poderosos que aquél; tienen en su mano todo el movimiento industrial y mercantil, todo lo que constituye el nervio de la riqueza del Reino Unido. ¿Y esto á qué es debido? A una razón muy sencilla, que es la siguiente. Había en Inglaterra muchas Sociedades, que, componiéndose de más de seis asociados y reuniendo ciertas condiciones, tenían el privilegio de emitir billetes al portador. Se concedió ese privilegio después al Banco de Inglaterra, pero respetando los derechos de las antiguas Sociedades. Después se modificó la legislación inglesa; se limitó el privilegio del Banco de Inglaterra á una extensión de 60 millas al rededor de Londres; y como se han creado muchas Sociedades, que pueden desarrollar sus operaciones y llegar hasta el extremo de apoderarse del Banco de Inglaterra, porque el gobernador ó los administradores que lo dirigen, no dependen del Gobierno, sino que son nombrados por los interesados en el manejo de su capital, los representantes de esas grandes casas, los más acaudalados capitalistas, tienen interés en que no les avasalle el Banco de Inglaterra, y consiguen que no pierda el carácter esencial de institución de crédito, constituyendo su clientela los Bancos particulares, que distribuyen á sus accionistas mayores dividendos que el Banco de Inglaterra.

En Francia sucede algo de eso; pero no pasa lo que en Inglaterra. En Francia se han atropellado los derechos de las Sociedades de crédito, lo mismo que en España.

Cuando se concedió al Banco de Francia el privilegio de emitir billetes al portador, se privó á todos los demás de esa facultad, y por eso allí hubo necesidad de acudir á otros medios. En la imposibilidad de crear Bancos de emisión, fué necesario establecer Sociedades financieras, que llenan por medios indirectos el objeto que el Banco no realiza.

Estas consideraciones me inducen á deciros algunas palabras sobre la unidad y la multiplicidad de Bancos, la libertad y el monopolio en la emisión de billetes al portador.

Vosotros todos os anticipáis seguramente á lo que he de deciros, respecto de lo que es más conveniente para el desarrollo de la riqueza pública. Adivináis la contestación que he dar á estas preguntas: ¿es más conveniente la unidad ó la libertad de Bancos? ¿Es más conveniente la libertad ó el monopolio en la emisión de billetes al portador?

Hay, señores, un pequeño territorio, el de Escocia, en donde la libertad es completa. Está limitada por sí misma, por la prudencia de aquellos Bancos, y realmente en Escocia apenas se han conocido los efectos de las crisis comerciales. Se salvan siempre, con ayuda de aquellos Bancos que disponen de grandes capitales; que tienen inmenso crédito; que están fundados sobre la más perfecta buena fé, no obstante la terrible catástrofe que hace poco tiempo ocurrió en Glasgow.

Parece que es una dificultad la multiplicidad de billetes en circulación, y sin embargo allí no existe esa dificultad. Dos veces á la semana se reúnen los representantes de los diversos Bancos de Escocia, cambian los diversos billetes que se han puesto en circulación, y disfrutan de todas las ventajas de la unidad del billete y de la multiplicidad de los Bancos, que distribuyen como lluvia benéfica el crédito sobre todo el país.

En Rusia y en Suecia los Bancos son dependencias del Estado, más aún que en España, y llegará acaso para Rusia un día en que el Banco sea una de las oficinas del Imperio, administrada por empleados públicos y con capitales del Estado. Pero en esto hay lógica. El Gobierno administra el Banco; el Estado tiende á convertirse en propietario de los fondos del Banco; de esta manera puede imprimir la dirección que más le convenga á sus intereses particulares, como Gobierno.

En España hemos disfrutado un breve período de libertad. Se crearon algunos Bancos, y se tropezó con los inconvenientes que encuentra siempre á su paso aquel que empieza. No fueron pocos los Bancos modestos de provincias, que adquirieron verdadera importancia. Ganaron y merecían la confianza del público, prestando beneficios á la industria y al comercio. Si aquellos Bancos que tuvieron una rápida existencia, que fueron suprimidos al día siguiente de su formación, hubieran continuado hasta nuestros días, es seguro, señores, que los beneficios obtenidos por la industria y el comercio; que el aumento de la riqueza; que las facilidades dadas á la circulación; en una palabra, que la prosperidad pública sería muy distinta de

lo que es, pues la industria y el comercio contarían con elementos muy superiores á los que hoy tienen á su disposición, no sé si diga con el auxilio ó con los inconvenientes de nuestra gran institución de crédito.

Os dije al empezar que el anuncio de esta conferencia tenía el mérito de la oportunidad, y hasta ahora no habéis encontrado esa oportunidad. Voy á deciros cuál es. La oportunidad viene de la rápida formación de instituciones de crédito en el año que acaba de terminar. Cuarenta Bancos, varias Sociedades de ferro-carriles y otras Compañías se fundaron en poco tiempo, con un capital de 1.550 millones de pesetas. El desembolso es de 220 millones. Si las instituciones de crédito facilitan el movimiento del capital, prestan auxilio á la industria y contribuyen á desenvolver el comercio, ¿habrá algún inconveniente en la rápida creación de estas Sociedades? No diré yo que haya inconvenientes. De ninguna manera. Antes bien, echo de menos la creación de un Banco, de una Sociedad, de algo que venga á satisfacer una necesidad urgentísima en Madrid. El comercio de Madrid no descuenta; parece como que se avergüenza de descontar; no se decide, ó teme aprovecharse del crédito. Diréis que no tiene un Banco donde descontar. Algo hay de esto; pero mucho hay también (yo soy franco en todas mis manifestaciones) mucho hay también de repugnancia.

En un comercio honrado, como el de Madrid, y habituado á comerciar con su propio capital, nada más que con sus recursos, procediendo siempre con la mayor prudencia en sus operaciones, mucho hay de repugnancia en recurrir al crédito; pero he de deciros que el comercio que no recurre al crédito, el comercio que no utiliza ese poderoso auxiliar, y no sabe, ó no quiere, aprovecharse del capital de los demás para comunicar impulso á sus operaciones, marchará siempre á retaguardia, no llegará á la altura donde se encuentran esos países que son verdaderos centros industriales y comerciales; porque el crédito da extraordinarias facultades al comercio, poniéndolo en condiciones de aumentar el campo de su actividad. Sabido es que á medida que se ensancha el campo de operaciones, con los mismos gastos generales que toda empresa requiere, se alcanzan mayores resultados; y siendo mayor el número de unidades sobre que recaen esos gastos generales, es menor el gasto de producción, y menor también el interés del capital empleado, con relación á los productos obtenidos. Por eso la industria y el comercio, que usan discretamente del crédito, aprovechándose del capital ajeno, se encuentran siempre en mejores condiciones, adquieren más prosperidad, llegan á mayor altura que el comercio y la industria, cuyo movimiento no traspasa los límites señalados á un reducido capital. No sería prudente que os lanzáseis á la región de lo desconocido, que suele poner miedo en el ánimo de los más esforzados; pero, sin correr tales aventuras, cabe, señores, y es prudente, valerse del crédito.

El comercio de Madrid necesita cambiar sus hábitos, entregarse algo más de lo que se entrega á empresas que reclaman el capital ajeno, para las cuales no siempre bastan las fuerzas propias; y si el comercio de Madrid, que necesita salir de esta situación, no tiene un Banco que descuenta sus letras; si le falta una gran institución, que le tienda la mano, debe constituir una de esas Sociedades de crédito; debéis asociaros con el fin de que los unos á los otros os prestéis el crédito que necesitáis. ¿No hay una institución, que independientemente de vuestra acción ó de vuestra iniciativa, se constituya para dar facilidades al desarrollo de la industria y el comercio en Madrid? Pues la industria y el comercio están en el deber, si comprenden sus intereses, de constituir una sociedad que tienda á ese fin. Es en cierto modo un principio, una fuente de capital, la honradez, la buena fé, la laboriosidad, y vosotros sabéis quién entre vuestros compañeros tiene condiciones ó está en situación de dar mayor amplitud á sus negocios. Vosotros todos, que os conoceis, estáis en el caso de asociaros unos á otros, constituyendo una gran Sociedad de crédito, que facilite los descuentos en Madrid.

Siendo ésta mi creencia, no debo mirar con malos ojos la creación de tantas y tantas Sociedades. Si responden á fines legítimos de comercio y á lo que reclama la industria, bien venidas sean; pero, ¡ah señores! si en este movimiento hay algo de ficticio, si con la creación de estos Bancos y Sociedades no se intenta fomentar la industria y el comercio; si hay en este movimiento algo que se repite á menudo en la vida de los pueblos, como el intento de conseguir ganancias sin trabajar y sin comerciar; si lo que se busca son grandes primas, sin emprender negocios de ninguna clase, entonces, señores, me atrevo á deciros que estamos en vísperas de una crisis.

En cuanto á esto de las crisis comerciales, no hay que olvidar lo que la historia nos dice. Parece como que existe cierta periodicidad en las catástrofes industriales, y esta periodicidad se viene observando desde el día en que se fijó la atención en los fenómenos económicos, que se desarrollan en el seno de las sociedades. Hubo una gran crisis en 1753, otra en 1763, otra en 1773, otra en 1783, otra en 1793. Dos distinguidos escritores ingleses, Took y Stanley Jevons, se hacen cargo de estas fechas y dicen que hay en esto una periodicidad que parece determinada por una ley general. Desde 1793 hasta 1815, puede decirse que hubo una

crisis no interrumpida: aquellos revueltos tiempos de la revolución francesa y de las guerras napoleónicas no permitieron paz ni descanso a ninguna de las manifestaciones de la actividad humana en ninguna parte, y mal pudieron gozar de paz la industria ni el comercio. Pero, restablecida la calma en 1815, la crisis comercial hubo de reproducirse en 1825, y lo mismo sucedió en 1836 y en 1847, y en 1857, y en 1866, y ahora recientemente en 1877 todos sabemos que estuvimos fuertemente castigados por una terrible crisis general. Es, pues, un hecho, que de diez en diez años se repiten fatalmente las crisis comerciales e industriales; hecho que sugiere a profundos economistas la sospecha de si será derivado de una ley física. En este camino se ha llegado hasta la extravagancia; es verdaderamente inconcebible, que eminentes pensadores atribuyan esta periodicidad de las crisis industriales y mercantiles nada menos que a la influencia del sol. Se supone, que de diez en diez años deja el sol de enviarnos el calor que habitualmente recibe del astro del día el globo terrestre, y que, cuando falta ese calor, hay malas cosechas, ó se entorpecen nuestros sentidos, y todo marcha mal. Esto, señores, podrá ser muy ingenioso, pero descansa sobre un supuesto que nunca será una demostración. La causa es indudablemente de índole económica, y no se habrá estudiado bien. Hay algunas que son perfectamente conocidas: unas veces son las malas cosechas; otras veces las guerras; otras veces, y esto es muy frecuente, proceden las crisis del empeño de dar excesivo impulso a las obras públicas ó particulares, que inmovilizan la riqueza, privando de capital circulante a las industrias que más lo necesitan; y cuando esos capitales faltan en la circulación, por haberse inmovilizado, no basta el crédito, ó éste se restringe. Entonces puede sobrevenir una crisis, como sobrevino en los Estados Unidos, cuando dedicaron inmensas sumas en breve período de tiempo a la construcción de ferro-carriles, á pesar de ser allí tan rápido como es el crecimiento del capital que alimenta la industria y el comercio. Lo mismo sucedió en Europa; también aquí la fiebre de los ferro-carriles dió por resultado la inversión de grandes caudales en obras que sirven ciertamente para el ulterior desarrollo de la riqueza; pero que, emprendidas en vasta escala á la vez, agotan los recursos disponibles, creando una situación difícil, por no quedar capital suficiente para atender á las necesidades diarias de la industria y del comercio.

Esta es una causa que á menudo determina la existencia de duras crisis. Hay otras causas, entre ellas una que se relaciona con la psicología social, ó que es de índole puramente moral. Cuando se despiertan ciertas fiebres industriales ó mercantiles, y todo el mundo marcha en una dirección, destinando muchos capitales á un solo ramo de la industria, dejando los otros ramos desamparados, sobreviene naturalmente una baja en el precio de los productos de la industria preferida; baja que por sí sola puede originar una crisis general. Aquella industria, que antes entraba en el engranaje ordenado de todos los movimientos económicos, al acelerar su movimiento, produce un desequilibrio general. Se resienten primero las industrias colaterales, que, no participando de aquel impulso, antes bien careciendo de la parte de vida que anormalmente afluye á la industria preferida, no pueden vender en las mismas condiciones de baratura; después se resienten todas, se complica la situación con las restricciones del crédito, y se determina la existencia de una gran crisis. Como en esto pudiera suceder que hubiese algo de psicología social, algo que sea como una consecuencia de la inclinación natural del hombre, que, cuando ve que se desarrolla un ramo cualquiera de la industria, á él se consagra con predilección, sin perjuicio de que todos después se espanten de que en aquella industria haya un exceso de producción, que quizás no deje de estar en relación con las necesidades del consumo, pero que desde luego no lo está con los demás ramos de la industria. Se observa hoy que, atraídos por las grandes utilidades que el negocio de banca produce, fundan algunos una Sociedad de crédito, y mañana se crean otras, y al día siguiente otras, y se acumulan con destino á la banca inmensos caudales, produciendo tal vez desequilibrio en las demás industrias. Puede ocurrir que, recogidas no despreciables ganancias por los fundadores de esas Sociedades, el capital acumulado, por ser excesivo para el objeto, quede sin inversión y que se origine una crisis. Cuando esos capitales se reúnen en un sólo punto, donde hay gran vida, movimiento y riqueza, pero no toda la actividad que se requiere para dar alimento á tantas instituciones de crédito, entonces se puede asegurar que está próxima una perturbación industrial ó comercial.

Esto procede, como os digo, de una enfermedad social, de esa propensión irresistible que empuja á todos hacia la industria ó ramo de producción, que por el momento ofrece mayores utilidades.

¿Cabe en esas circunstancias que se retiren el comerciante y el industrial? De ninguna manera. ¿Qué precauciones se han de adoptar? ¿Qué camino se ha de seguir? ¿Qué conviene hacer? El comerciante y el industrial son como el barquero que se encuentra por necesidad en un caudaloso río, trasportando viajeros desde una á la otra orilla: no puede abandonar aquel puesto; allí está lo

mismo en días fáciles que en días difíciles; allí se le encuentra lo mismo cuando la corriente puede arrastrarlo hacia el mar, que cuando es suave y tranquila. El comerciante no puede abandonar su comercio, ni el industrial puede abandonar su industria; es preciso que permanezcan en sus puestos. Pero ¿en qué condiciones? De igual manera que el barquero, que en días serenos puede atravesar la corriente en ligera embarcación, sin grandes precauciones, y que en tiempos difíciles necesita nave más pesada, mayor lastre, y no marchar en línea recta de uno á otro lado.

El comerciante y el industrial no pueden sustraerse á la crisis; el más ingenioso y prudente se encuentra envuelto en la catástrofe general, cuando viene la tormenta; pero, no pudiendo echarse atrás, debiendo resistir al empuje, lo que importa es que sepan colocarse en posición de no ser arrastrados, como sucede con muchos, por imprudencia ó por falta de precaución. Así es, que no os diré que sea un mal la creación de tantas Sociedades de crédito; ¡ojalá se propongan realizar verdaderos negocios! Si esas Sociedades tuvieran por objeto el descuento de letras en la plaza de Madrid; si se propusieran favorecer la exportación de vinos y frutos por los puertos del Mediterráneo; si fomentaran el comercio de los aceites, caldos, frutas verdes y secas en las ricas provincias del Mediodía; si avivasen el movimiento industrial y comercial en el país, la creación de esas Sociedades sería presagio de felicidad y produciría inmensos bienes á la patria. Pero las Sociedades, que no hayan de impulsar en sus grandes propósitos á la industria y al comercio; las que vaguen en lo indefinido; las que comiencen desplegando ante vuestros ojos un aparatoso consejo de administración y no aparezcan con medios eficaces para desarrollar la riqueza pública, esas no deben merecer el favor del público, porque son, y con estas palabras termino, un peligro trascendental, inmenso, que pudiera ser origen de una de esas crisis, que se repiten con demasiada frecuencia en la vida de los pueblos.

MANUEL PEDREGAL.

FLORENCIO MADERO.

UN ESCRITOR SUI GENERIS.

Al calor de las ideas de fraternidad que en estos días se van desarrollando entre España y las que un día fueron sus colonias (fraternidad á que contribuyen fiestas como las del *Centenario de Bello*, solemnizadas en la Academia; los Juegos Florales, iniciados por el *Centro Gallego* en Buenos Aires, y una propaganda como la que hace el popular escritor platense Sr. Varela), nos proponemos ir dando á conocer á los principales hombres de letras, oradores, poetas, diplomáticos y políticos de aquella hermosa América, que parece destinada por Dios para comunicar su vida, su aliento, su frescura á esta vieja Europa, fatigada en una lucha de tantos siglos.

Damos comienzo á nuestra agradable tarea, ocupándonos de un escritor *SUI GENERIS*, en toda la extensión que la frase encierra.

No es un literato de formas clásicas, cuya belleza seductora de estilo es relámpago de brillante luz que en sus ondas ilumina y deleita el espíritu.

No es uno de esos poetas que, acercándose á Dios, le roban sus inspiraciones para derramarlas, como flores cogidas por manos de un ángel, sobre la frente del pueblo, embriagándolo con su delicado perfume.

Nada de esto es FLORENCIO MADERO, que así se llama el escritor argentino de quien queremos hablar.

¿Conocen ustedes á Larra, á Beaumarchais, á De-Kock? Hay en él una mezcla de todo eso: la sátira epigramática del uno, la picardía intencionada del otro, el eterno buen humor del último, trazando cuadros sociales en que se hacen figurar tipos y personajes de una perfección acabada.

Dotado de un extraordinario talento natural, vivaz, inquieto, activo, bullicioso, Madero tiene *alma de artista*, abierta á todas las grandes expansiones que la mecen en la cuna dorada de la sensibilidad.

Se sienta al piano y, sin conocer la música, toca con un gusto esquisito, y canta canciones que á veces arrancan lágrimas, y otras ponen á prueba los pulmones de quien le escucha siempre con inefable gozo.

Asiste á la ópera, y como el más delicado de los músicos de profesión, se extasia entusiasmado ante todas las bellezas de la partitura, y destaca tristemente ante los defectos que pueda tener, pudiendo escribir un juicio crítico, que no tendrían á menos firmar Scudo ó Fiorentino.

Familiarizado con todos los grandes poetas, recita de memoria sus mejores composiciones, y cediendo á inspiraciones naturales, pulsa de vez en cuando la lira, sin que por eso se le pueda dar carta de ciudadanía para penetrar en el Parnaso.

Su especialidad es otra: es una literatura que en su país podría llamarse *criolla*, como *criollos* fueron los versos de Hidalgo, Ascasubi y del Campo, escritos en lenguaje *gaucho*, es decir, en aquel idioma del habitante del *Rancho* solitario de la Pampa, del *fogon* del campamento de la frontera y de la *Pulperia*, en que tienen sus Asambleas.

Con un verdadero conocimiento del arte que ha dado celebridad á los estudios de Balzac y de

la intimidad de la vida social, Florencio Madero es un escritor de costumbres que describe, no como Fernán Caballero y otros, creando personajes, sino describiéndolos *como son*, con sus usos, miserias, calidades, defectos y elevadas condiciones, dando á sus cuadros el *sabor de verdad* que tienen los de David Teniers, cuyos beodos en el interior de una taberna, parece que están exhalando el perfume del licor, ó de la *piquette*, con que han embotado sus sentidos...

Yo no sé si á Florencio Madero se le podrá decir con Horacio:

*Crescit, occulto velut arbor avo,
Fama Marcelli...*

Pero sí sé, que hablando de sus inclinaciones al estudio se le podría decir con Virgilio:

Agnosco veteris vestigia flammae.

Agitador incansable en medio de las tempestades de la política, orador reposado en el seno del Parlamento, soldado decidido y lleno de abnegación en el campo de batalla el día que su partido ha tenido que defender con las armas las ideas que ha sostenido en su propaganda: comerciante lleno de viveza, talento y recursos cuando ha tenido que trabajar para ganar el pan de sus hijos, Madero, educado en su niñez en las imprentas, ha tenido siempre una vocación marcadísima por la prensa, revelando en ella sus condiciones de escritor, de que nos venimos ocupando, y *esta faz de su carácter*, si nos es permitido valernos de la frase.

Ensayándose primero en la *gacetilla*, sus travesuras y picardías, su ingeniosa intención, su constante gracejo para referir cualquier anécdota, no tardaron en llamar la atención del público, que se acostumbró á leerlo con marcado placer.

Dicen que los aplausos estimulan, y Madero, al escuchar su ruido cadencioso, quizás sin darse cuenta entonces de sus facultades especiales para esta clase de literatura en que hacia sus primeros y brillantes ensayos, se dedicó á ensanchar la esfera de sus producciones, pasando de la simple *gacetilla* de pocas líneas, á trazar cuadros y narraciones descriptivas en que ya pudo lucir todas las dotes de un ingenio lleno de chistes, de delicadezas y *savoir dire*, que debían en poco tiempo y en alas de trasparente luz conducirle á la cima de la popularidad.

Y efectivamente; pocos hombres más conocidos ni populares que Florencio Madero en ambas márgenes del Plata, donde, sin embargo, hasta hace poco, no se le *había tenido en lo que vale*, valiéndonos de una expresión gráfica de aquellos encantadores países.

Nos explicaremos.

Madero fué dotado por la Providencia de un don especial de *imitación*.

Hablando el inglés, el francés y el italiano con perfección, y conociendo los modismos de los países vascongados, se había dedicado, en sus ratos de expansión y buen humor, como Bellock en Francia, á imitar los tipos de cada una de aquellas nacionalidades, con tal arte, con tal perfección, con tal *picardía*, con tal gracia y delicado *sprit*, que Madero, escuchado con delicia y deleite cuando daba, en la alta sociedad en que nació y en que vive, una de esas *sesiones de imitación*, era considerado como un gracioso, creyéndosele incapaz de nada serio, de nada que no se prestase á la farsa, á la chacota, á la ligereza del espíritu en todas sus manifestaciones.

Pero un día, dueño de sí mismo, orgulloso de sus múltiples facultades, se vengó grandemente de los que sólo le consideraban bueno para *gracioso* en las horas expansivas de una sociedad de buen humor, y como diputado, y como sub-secretario de Relaciones Exteriores, y como cónsul en un puerto importante de Francia y como político, Madero reveló que si tenía cualidades para divertir á sus amigos, como hombre de mundo en las agitaciones alegres é inocentes del salón, tenía el reposo y la seriedad suficientes para revelar las bellas prendas de un patriota sincero, y de uno de esos hombres que saben servir á la patria que aman, en los puestos más delicados, y á los que no siempre se llega sin condiciones especiales de talento y suficiencia.

Pero, á pesar de sus aptitudes *para todo*, pues las tiene, la vocación material de este hombre especialísimo, es la de *Rematador*, profesión que no se conoce en España, y que trataré de hacer conocer en pocas palabras para que se comprenda el mérito del trabajo que motiva estas líneas.

Existe en la ciudad de Buenos Aires—la más importante y comercial de la América del Sur—la costumbre, y hasta la manía de los *Remates*, es decir, de las ventas en pública subasta, en almoneda, al que más dé por el objeto que se pregona públicamente.

Esta clase de negocio del *martillo* ha llegado á tomar en aquel país proporciones fabulosas, no bajando de ochenta á cien los remates que se verifican cada día, vendiéndose así, en esa forma, desde las más valiosas propiedades hasta los más insignificantes utensilios del interior de una casa, ni más ni menos que como sucede en el *Hotel des Ventes* de la Rue Druot, en París.

Para esta profesión, para manejar el *martillo* y vender así, ponderando las calidades y mérito del objeto que al público se propone, se necesitan condiciones de carácter y de viveza especiales, inteligencia, tacto delicado para conocer la índole de cierto comprador, *picardía* para adivinar cuan-

sar que la fuente verdadera, el maestro de quien Beoquer no era más que afortunado continuador, estaba mucho más cerca, y había visto la luz, como él, en tierra de España.

En efecto, á poco que se fije la atención en estas cuestiones, es fácil notar que todas las poesías del vatesevillano no son ni más ni menos que sentidísimas doloras; doloras que acaso no se coloquen con holgura dentro de las definiciones que se han dado de dicho género; poéticas doloras en las cuales no se tratan cuestiones y problemas que soliciten al pensamiento, pero doloras, al fin, por su forma, por su sentimiento y por su concisión.

Por esto es fácil encontrar rasgos de semejanza entre Campoamor y Heine. Pero el humorismo de Campoamor no es la saña inmoderada en contra de instituciones existentes, hija de prejuicios apasionados, sino engendrado por resignadas persuasiones; no es la risa ponzoñosa del vate de Dusseldorf, sino la sonrisa triste de quien siente que la verdad sea tan amarga, y que no sea mejor nuestro planeta.

Pero, y hoy podemos ya decirlo que también antes que nosotros lo ha afirmado así el crítico más profundo y más eminente que hoy se ocupa de semejantes cuestiones, el mérito superior de Campoamor no será la revolución que en sus primeras épocas introdujo en nuestra literatura con sus doloras, el título más importante y su mérito primero, será el de haber sido quien, por primera vez en España y acaso fuera de ella, ha abierto al naturalismo las puertas de la lírica. Nos referimos á su poema *Los buenos y los sábios*, que en el último año ha visto la luz pública y que de todos es conocido.

Obra sería de un trabajo más extenso y más detenido que el nuestro el exámen de semejante producción, en la cual Campoamor aparece en el apogeo de su génio y en la plenitud absoluta de sus facultades. En ella resplandece, como en todas sus obras y más que en todas ellas, la gran tendencia del maestro, la gran máxima que nunca deja de repetir á todas horas y en todas partes; el odio justo á la poesía formal, que á nada tiende ni nada se propone, féretro de púrpura entre cuyos pliegues sólo existe el polvo imperceptible de ideales que si pudieron conmover un día las naciones, convirtió en cenizas la marcha incesante de los acontecimientos.

Por lo demás cuantas declamaciones puedan formularse en contra de los descuidos de su forma, no pueden herir en lo más mínimo la reputación del gran poeta. Todos los que conocen sus obras saben que, cuando él lo desea, sus versos son sonoros y armoniosos; y que si alguna vez esto no sucede, es más por propósito deliberado que por carecer de recursos, de métrica, que en lenguas tan eufónicas como la nuestra están al alcance de las medianías, y son el escudo con que la vulgaridad guarece debajo de hinchazón y de humores lo pedestre y lo anodino de sus concepciones.

Esto es apuntado á la ligera lo que Campoamor significa, en nuestro concepto, como lírico, añadió un criterio elevado y peregrino y encontráreis en él al filósofo; un amor desmedido á la pátria y lo veréis convertido en el político, y un corazón franco y entusiasta y un trato afable y cariñoso, y sabreis por qué vale su amistad tanto como sus obras, á pesar de ser sus obras monumento imperecedero de nuestra literatura.

JOSÉ J. HERRERO.

EL FINAL DE UN PROCESO.

I

Lo que voy á referir ocurrió en el año de 1860.

Concluía yo mis estudios de Derecho á tiempo que principiaba la larga y funesta guerra de los tres años, que dejó exangüe y aniquilada la República. El huracán de las pasiones desencadenadas batía sus olas desde las frias mesetas de Pasto, hasta las ardientes arenas del Atlántico; voces extrañas, salidas del abismo se repetían en ondas sonoras por los ámbitos del país, y todos pronosticaban largos días de luto y de exterminio para la pátria.

Y sin embargo, yo lo veía todo de color de rosa, porque vislumbraba el mundo tras el mágico prisma del entusiasmo juvenil; á mi vista se desarrollaban largas y encantadoras lontananzas y la poesía de mi corazón irradiaba é iluminaba todos los horizontes de vida! Felices días, gratos recuerdos de fugaces horas de ventura, ¡aun volvéis á mi memoria en horas de duelo y de amargura!

El mundo me pertenecía; entraba en él con paso seguro y con la mirada serena, henchido de esperanzas y me arrojaba lleno de alegría hácia un risueño porvenir. Me parecía que con una frente limpia, que con un corazón sin odios, que con voluntad enérgica y una conducta digna se me allanarían todas las dificultades del camino y me serían accesibles todas las eminencias. ¡Creía entonces en la sociedad y giraba sobre el porvenir! La fé, suave perfume de la vida y misterioso adorno de la juventud, llenaba por completo mi corazón. Corría al año de 1860.

Un amigo de colegio, Ricardo, que había emprendido su vuelo primero que yo, me encontró en esos días de vacilación cuando no había tomado aún mi rumbo, y me invitó con instancia lo acompañara por un mes al pueblo de su residencia.

Acepté, seguro de causar un positivo placer á Ricardo, y para cerrar con esas vacaciones la serie de mis días sin cuidados ni afanes de ninguna especie.

Ricardo era y es uno de mis mejores amigos. De carácter levantado, de naturaleza ardiente é impresionable, y al mismo tiempo sufrido, se resignó fácilmente á llevar una vida sencilla en un pueblo de reducida sociedad. Se hizo comerciante en pequeño, como su padre, y á fuerza de laboriosidad, de honradez y economía se ha creado

una fortuna regular que goza con la dulce serenidad de los caracteres bien puestos.

Hoy día su corazón es joven como en los felices días de colegio, y los años y las revoluciones se han deslizado por encima de él, como el agua sobre el mármol, sin dejar señal alguna.

Acepté su oferta con agradecimiento y lo seguí. Me halagaba la idea de vivir un mes libre de todo cuidado y en el dulce far niente del espíritu. Quería, por otra parte, recoger mis impresiones de viaje y hacer algún estudio de esa población bajo todos sus aspectos, por si en ocasiones más propicias pudiera extenderlo á otras localidades del Estado.

Partimos en un lunes, lo recuerdo como si fuera hoy. ¿Quién ha olvidado la primera excursión lejos del hogar paterno?

Ricardo me profesaba un cariño entrañable, le seducían probablemente mi candidez y bonhomía y cierta delicadeza de sentimientos que él llamaba mi virginidad de corazón.

Gastamos el día en el viaje. Un hermoso día de verano en que todo era perfume, brillo y esplendor; uno de esos días en que la naturaleza, unisona con nuestros corazones, canta un idilio suave y melodioso al Supremo Creador del mundo y de los espacios.

Llegamos al pueblo á tiempo que los últimos rayos del astro rey se desvanecían en el horizonte; poco á poco se borraron los esplendores y los tintes leonados de oro rutilante, cambiándose por los pálidos colores de la plata, y la noche suave, tranquila, serena, invadió el horizonte tiéndolo todo con reflejos de perla como la luz lacteada de los ópalos.

Durante el camino, Ricardo me hizo un extensa relación acerca de las personas que debía tratar y me inició en las costumbres de la sociedad que debía cultivar.

II

El pueblo de *** situado en una pequeña falda, muellemente reclinado á orillas de un riachuelo, es eminentemente agrícola y el panorama que presentan sus sembrados y casitas de campo es en extremo agradable; la vida circula allí con la exuberancia característica de los países tropicales.

Innecesario será decir que quedé encantado al aspecto del pueblo y que tan luego como conocí las costumbres sencillas y hospitalarias de sus habitantes y así que gocé la dulce paz que allí reinaba, le guardé un afecto tierno que los años y la ausencia no han debilitado en manera alguna.

Todo lo visité, y contra mi carácter trabé relaciones con todos los amigos de Ricardo. He tenido despues ocasion de observar en algunas personas de mi conocimiento y en mi propia persona el cambio de carácter que se nota en el medellinense cuando sale de la atmósfera del Valle.

Entre mis nuevos amigos había uno que me llamaba la atención por más de un motivo; se llamaba Felipe y pertenecía á la mejor sociedad del pueblo. Era un rico campesino del tipo primitivo, franco, generoso, sumamente activo y emprendedor; no descansaba en sus faenas, pero estaba pronto á cualquier empresa de utilidad general, á toda fiesta de amigos y á toda acción caritativa y noble; la condescendencia era el fondo y el marco de su carácter.

Me trató con cariño y yo le devolví los mismos sentimientos, apoyado en mi corazón que nunca me ha engañado; pronto fuimos amigos. La honradez y la lealtad brillaban en su semblante y era imposible tratarlo sin que se le amase; era una de esas naturalezas buenas que tienen una atmósfera nociva al mal.

Acercándose la época de mi regreso, quiso Felipe (diré mejor, don Felipe, porque era hombre de edad y á quien era preciso tratar con respeto) quiso don Felipe procurarme una agradable sorpresa preparando, para festejarme, una cacería de venado, que me era completamente desconocida.

El hizo todos los preparativos del caso con la actividad y delicadeza propias de su carácter.

Para que la fiesta fuera completa se dispuso que iríamos á dormir á la «Boca del monte» y que amaneceríamos á dos pasos del teatro de la cacería. En el lenguaje de los vigorosos hombres de acción que desconocen la vida muella de las grandes ciudades, los pasos se traducen por leguas y aun así, dos pasos son algo más de dos leguas.

Se hizo la lista de los invitados, se recogieron los mejores perros de caza de dos leguas á la redonda, se envió una abundante provision de víveres á la casita que se halla en la «Boca del monte», y, lunes á las cuatro de la tarde, 6 de Agosto de 1860, emprendimos la marcha hácia el punto convenido.

Era una tarde serena y tranquila, tarde de verano, según la expresión vulgar, poblada de armonías y llena de suaves resplandores que iluminaban deliciosamente el púeblico. Las nubes pasan por encima de mi cabeza, diáfanas, ligeras, libres en el cielo puro con el ala abierta desafiando el soplo de la tempestad que no se veía en lontananza.

Nuestra alegría irradiaba, era llegado para nosotros el turno de esas horas bendecidas en que las preocupaciones y los cuidados se eclipsan y la vida pasa por encima, suavemente, sin hacer sentir su pesadumbre. Estos instantes son raros y Dios los concede para hacernos soportables los demás.

¡Era mi primera cacería de venado! Hay recuerdos, hay impresiones que nunca se

borrarán de la memoria, porque están grabados con el agua fuerte de los más inefables arrobamientos.

Los ladridos de los perros, la tumultuosa algazara de los cazadores, la belleza del paisaje y la suave serenidad de la tarde me llenaban de alegría.

Llegamos á la entrada de la noche á la casita en que debíamos dormir. Los primeros momentos fueron consagrados por completo á los arreglos de instalación, pero puesta cada cosa en su lugar, recogidos los perros en la corraleja y preparados los lechos, nos reunimos al rededor de la lumbre á la expectativa de una cena suculenta, y á gozar de la suave intimidad de la charla general.

De las diez ó doce personas que formábamos el cenáculo, Ricardo era el tenor de la conversacion, don Felipe era también muy locuaz, pero no tenía la gracia y la originalidad de aquél.

Un cuñado de don Felipe á quien llamaré Carlos, porque debo callar su nombre verdadero, se había retirado á descansar porque estaba fatigado. Era el único que no participaba de la alegría general, y si había concurrido á la cacería lo había hecho por pura condescendencia: no era aficionado á esas fiestas.

Su esposa, hermana de don Felipe, era una señora de altísima importancia, de trato afable y fino y de delicados sentimientos: agradaba al primer trato y al segundo seducía; era una de esas mujeres de las cuales no puede uno menos de decir á la vez, al contemplarlas: rostro y alma encantadores.

Debió ser muy bella en su primera juventud, todavía conservaba cierta delicadeza de tez, blanca, trasparente y fina que podía compararse á la de la camelia blanca. Pero el encanto de su rostro residía en sus grandes ojos rasgados, de corte oriental que le daban una distinción notabilísima, y al mismo tiempo no sé qué picante originalidad. Esos dos grandes ojos de un azul tan limpio, tan profundo y tan luminoso hacían pensar en dos záfiro animados y vivientes.

El timbre de su voz tenía la inmaterial pureza de las vibraciones del cristal, y resonaba como la nota ideal de la armónica; debió haber inspirado una de esas pasiones violentas que no se encienden sino en las almas abrasadas al sol de los trópicos.

III

Pero vuelvo á mi narración.

Hablamos largamente y de mil diversas cosas, hasta que la cena apetitosa puso fin á la primera locuacidad.

Terminada aquella se atizó de nuevo el fuego, porque olvidaba decir que estábamos en tierra fría, y se estrechó más el círculo de la velada.

La conversacion tomó entónces otro giro; alguien hizo alusion á una historia misteriosa que era la crónica del pueblo á la sazón, y no se necesitó más para que se aceptara ese rumbo del espíritu.

El alma humana necesita de lo sobrenatural y está siempre en pós de maravillas y misterios. Lamartine ha dicho: los misterios son las sombras que proyecta el infinito sobre el espíritu humano; prueban el infinito pero no lo explican.

Cada uno fué obligado á referir un suceso propio ó ajeno que saliera de los límites de lo comun. Ricardo habló de las mesas danzantes y refirió la historia de Rusi; yo relaté una historia de aparecidos despues de la acción de Itagiñ, que había oído contar en la infancia, que había sido para mí el *Animus memuisse horret*, y concluí con la historia real y dramática que revela el proceso de Bernardino Giraldo, que á mi juicio merece figurar entre las causas célebres del mundo.

Don Felipe había estado meditando desde que la conversacion había tomado ese nuevo giro, y apremiado que fué para que narrara algun suceso misterioso de su conocimiento, se excusó con mucho empeño, pero mayor fué el nuestro en instarlo para que hablase, y al fin lo hizo, no sin un grande esfuerzo de voluntad.

«Tal vez no debería hablar, nos dijo; pero no puedo hacerme sordo á vuestras súplicas, y alguna cosa interior, que no puedo explicar, me hace salir, en este momento, de mi reserva habitual.»

«Lo que voy á referir es un suceso trágico que es enteramente personal, y que tal vez no llamará vuestra atención, pero á mí me preocupa hondamente porque ha decidido de mi suerte.»

«Tomaremos las cosas desde atrás.»

«Mi hermana Elvira se educó en Medellín: mi padre, que enviudó muy joven, se consagró casi exclusivamente á la educación de su hija única, retrato fiel de su esposa, y hallándose rebelde á la carrera literaria, me consagró á otras faenas en armonía con su pequeño capital.»

«Elvira recibió la mejor educación posible para una mujer allá por los años de 1843 y 1844, cuando no había en Medellín colegios de señoritas. Unas señoras muy respetables le enseñaron todo lo que era posible se enseñara en esa época.»

«Todavía era muy joven Elvira, era casi niña cuando regresó al pueblo terminada su educación. Ya comprendéis cuál sería su situacion de ánimo al encontrarse de repente en una ciudad incipiente que casi no conocía y que no podía suministrarle el más ligero pasatiempo ni el más leve goce del espíritu.»

«Antonio Fernandez Guerra, que era uno de los hombres más notables del pueblo, se enamoró de

